

LA VERDAD MÁS ALLÁ DE LA VIDA

Carlos Debenedetti



Biografía del autor

Carlos Mario Debenedetti Correa nació en Montevideo República Oriental del Uruguay el 2 de marzo de 1955.

Su niñez transcurrió con muchos altibajos, aunque podría decirse que en general fue buena.

Desde muy niño, 8 años aproximadamente tuvo un sueño, ser jugador de fútbol de primera división y llegar a defender los colores de la selección de su país.

Lamentablemente no tenía las suficientes condiciones para llegar a ello y a los 16 años perdió en definitiva esa ilusión, pero la vida le tenía reservada otra y en esa sí que triunfó fue en otro deporte donde lo consiguió y en ese sí que lo logró, defender los colores de su selección.

Ese nuevo deporte se llama *bochas*, donde se necesita destreza tanto en pulso como en dirección. Debido a que entrenaba muchas horas al día alcanzó su objetivo con 19 años. Logró jugar en la primera división y a los 20 años entrar en el seleccionado uruguayo, convocado por la Asociación Uruguaya de Bochas, hecho este que le permitió viajar a diferentes países de América como Argentina (Buenos aires, la Plata y Córdoba), Brasil (Porto Alegre, São Paulo, Rio de Janeiro) y Paraguay (Asunción, Paraná, Iguazú, etc.), además compitiendo en casi toda la geografía uruguaya.

A los 24 años le surgió un acontecimiento que cambiaría por completo el curso de su vida.

A principios del año 1980 apareció la noticia de que en agosto de ese mismo año se disputaría el campeonato mundial de bochas en Roma, Italia, y Uruguay conseguía clasificarse para competir, debido a muy buenos resultados en las eliminatorias. Ilusionado con la novedad de viajar a Europa, empezó de inmediato a entrenar fuertemente con el fin de llegar a tal evento con la mejor forma tanto física como anímica. Pero algo pasó...

Carlos Mario tenía un hermano un año y medio menor que se había casado muy joven y debido a la difícil situación económica del país por aquel entonces le surgió una oportunidad de viajar a España para trabajar y progresar era el año de 1978 y como le iba muy bien España le invitó a que lo visitara y viera el entorno que tal vez le gustara y allí estaría junto a él y su familia que de aquellas estaba formada por su esposa y los padres, una niña nacida en Uruguay y otra en camino.

Por desgracia las fechas de su supuesto viaje a España, coincidía con las de Italia, por lo pronto debía decidir. ¿Qué debía hacer? La insistencia de sus padres en que aplazara su viaje a España era constante, era evidente que no querían quedarse solos y si lo animaban a viajar a Roma. Estuvo 3 o 4 meses en constante incertidumbre hasta que luego de mucho machacar su mente se decantó por renunciar a la selección uruguaya y viajar al otro lado del mundo junto a su hermano.

Y así lo hizo, aunque lejos, muy lejos de imaginar, que su nueva decisión cambiaría por completo su futuro...y tanto.

Y efectivamente fue en ese país de Europa donde formó su familia muy difícil de imaginar que tal acontecimiento pasaría teniendo en cuenta que toda su vida se centraba en Uruguay su país de origen. Por suerte dicha decisión provocó un cúmulo de felicidad en todo su ser que se vio incrementada por el nacimiento de su única hija.

Carlos Mario Debenedetti Correa vive en Lugo a día de hoy.

Dedicatorias

Dedico este humilde relato a la persona que más quiero en el mundo.

Y también quiero hacer notar una mención especial a todos aquellos seres humanos que aman a los animales.

Historia basada en hechos no reales.

¿...O tal vez sí sucedieron?

Prólogo

$$Em = EC + EP$$

ENERGÍA

Esa fuerza misteriosa que nadie en el universo sabe cómo, cuándo, dónde, y por qué se produjo.

Esta fuerza misteriosa a la que me refiero seguirá guardando hasta el fin de los tiempos su secreto. Por supuesto, si es que llega ese momento.

Quizás, amigo lector, o lectora, piense que los hechos que se narran a continuación, sean sumamente exagerados, si tenemos en cuenta, claro está, las diversas situaciones que se producen.

Pero, ¿se ha puesto a pensar en algún instante que la vida no solo es la que vivimos, sino también la que imaginamos?

Este relato es ficción, pero también realidad. Y no solo por ello, por todo lo sucedido, sino porque dentro de la ficción puede confundirse la propia realidad. Solo basta con imaginar nuestro propio comienzo, analice el principio de la existencia humana, de su evolución, y además de nuestro propio final.

Y la vida de los millones de millones de animales que habitan nuestro planeta, sí que puede compararse a la del ser humano, pero creo que por el simple hecho de que se guían por su instinto, es mucho más noble que la nuestra.

Y de esto va nuestra historia, entre miles de millones que conviven con nosotros, puede encontrarse uno ... que sea diferente.

CAPÍTULO 1

El anciano descansaba plácidamente en su tumbona preferida. El paisaje que tenía ante sus ojos hacía muy placentero su reposo. El entorno se presentaba maravilloso y se vislumbraba un atardecer de ensueño para su mente ya cansada y un poco machacada por la edad.

Pero el anciano aún a pesar de todo se veía lúcido y feliz de poder disfrutar de aquellos momentos de paz y sosiego.

Frente a él se veía el océano, que en aquellos momentos hacía honor a su nombre Pacífico. En calma total y besando suavemente el borde de la costa la arena blanca que contorneaba la playa y lejos al final del horizonte su unión definitiva con el firmamento como si los tres, arena, mar y cielo fueran uno mismo.

Llegaba el atardecer. Él acababa de esconderse detrás del horizonte y las primeras estrellas en el laberinto del espacio y ante un cielo totalmente despejado iniciaron su aparición.

El espectáculo en medio de aquel clima veraniego era impresionante, ya se divisaban aquellas tres majestuosas en fila, y a sus lados como guardianas destacaban claramente Rgel, una estrella gigante azul, y al otro costado estaba Betelgeuse, no menos gigante que la anterior pero diferente en su color, rojo. Todo aquel conjunto de estrellas no era más que la constelación de Orión que se ubicaba, ¡vaya! a 250 años luz de la tierra y tal vez eran, porque lo que se veía en el cielo no eran otra cosa que las imágenes del pasado.

El anciano estaba como en una gran sensación de éxtasis contemplando todo aquello, y para adornar aún más surgió nuestro satélite en todo su esplendor.

De forma inesperada se cruzó la estrella fugaz que a todos nos gustaría ver, que tanto podía ser una roca de diez toneladas como una simple partícula de polvo cósmico. A diferencia de muchas que aparecen por las noches, estuvo como 3 o 4 segundos en el firmamento, segundos que el hombre disfrutó con mucho placer.

Pero de pronto algo golpeó con mucha intensidad su mente y un millón de recuerdos afloraron su cabeza de tal forma que todo su cuerpo trastabilló e hizo que abandonara aquella sensación de la que disfrutaba minutos antes incorporándose de inmediato, exclamando para sí:

— ¡Debo hacerlo! Me queda poco tiempo, algo en mi interior ordena que tengo que contarle y relatar todo aquello tan inmenso que he vivido con él. El mundo tiene que conocer el bien que nos ha hecho y ojalá otros parecidos existan para imitarlo.

De improviso es interrumpido por una persona que se acercó lentamente balbuceando algo temerosa:

— ¡Profesor! ¿Se encuentra usted bien?

La señora, de unos 50 años, al escuchar los gritos del anciano repitió la pregunta ya que la primera vez no obtuvo respuesta. El profesor repitió:

— ¡Ah! Sí, señora Grey, sí estoy bien. Solo un poco emocionado por recuerdos personales.

— Bien me deja usted más tranquila. Simplemente comunicarle que tiene ya su cena servida en el comedor, y si no dispone de otro servicio me despido hasta mañana.

— Perfecto, puede retirarse. ¡Oh! Un momento por favor, hoy es miércoles, es así señora Grey, ¿verdad?

— Así es, profesor.

— Pues tómese unos días de descanso y no vuelva hasta el lunes.

— Pero, ¿está usted seguro que no necesitara ningún servicio hasta entonces? — contestó la perpleja asistente.

— No se preocupe, tengo alimento suficiente en la heladera y como puede comprobarlo usted misma de momento mi salud es excelente. Bueno, no tanto, pero puedo apañármelas sin problemas. Puede retirarse y descansar.

— ¡Muchísimas gracias, profesor! Pero créame, no marchó muy tranquila.

— No se preocupe, estaré bien. ¡Ah! Y no me llame *profesor*. Ya sabe que dejé de serlo hace muchos años.

— Muy bien prof... digo, señor McConaughey.

— Señora Grey, dígame, ¿cuánto lleva usted a mi servicio?

— Errr... desde que... — hubo de cortarse la asistente.

— Sí, no hay problema — contestó el anciano —, desde que enviudé hace 20 años ¿verdad?

— Puede llamarme Willfred, que estará más acorde con esa profesión que abandoné hace un cuarto de siglo.

— De acuerdo, señor Willfred, y hasta el lunes, si la providencia así lo quiere y una vez más muchísimas gracias.

— Que descanse, señora Grey. Nos vemos ese día y efectivamente, si Dios quiere.

Y la fiel servidora del anciano se retiró a su casa cerrando suavemente la puerta.

El anciano persistió en sus pensamientos repitiéndose una y otra vez: *¡debo y tengo que empezar ya!, me queda poco tiempo y ahora es una lucha contra reloj*. Y salió disparado hacia otro compartimiento de la casa en la que sabía que encontraría lo que buscaba.

En un lugar apartado de su vivienda fue hacia una trampilla que conectaba con el sótano donde era allí, y todo ordenadamente guardaba los utensilios que no usaba habitualmente pero que de alguna manera u otra le provocaban buenos recuerdos.

— ¡Tiene que estar por aquí! — exclamaba un tanto nervioso, y empezó la labor de escudriñar por todos lados y escondrijos del ordenado sótano.

Doce o quince minutos hubieron pasado hasta que se dejó oír el pequeño grito de satisfacción significando ello que acababa de encontrar lo que con tanto afán estaba buscando.

— ¡Ohooh! ¡Aquí estas mi querida compañera! Ahora a ponerte en condiciones y empezar ya que el tiempo apremia.

Retiró el bulto y agarrándolo con sumo cuidado lo sacudió con delicadeza, quitándole el polvo que se había acumulado durante largo tiempo en aquel saco que escondía lo necesario para lograr su cometido.

— ¡Ah, mi querida Olivetti! Espero que funciones porque te necesito urgentemente.

El anciano tomó el bulto con sumo cariño dirigiéndose hacia las escaleras del sótano con una rapidez impropia para su edad. Deseaba fehacientemente que su vieja máquina de escribir aún funcionará, ya que era muy esquivo a las nuevas tecnologías prefiriendo su anticuada máquina ante la modernidad del ordenador de última generación que tenía en uno de sus escritorios.

Lo depositó cuidadosamente sobre una mesa ubicada en otra habitación de su cómoda casa, cerciorándose primeramente de que la cinta que contenía la tinta no estuviese estropeada o seca de más.

Sí, lo estaba muy seca, hubo de dirigirse a uno de los baños de su vivienda recogiendo del botiquín un frasco con alcohol azul, y con una destreza inusitada y un pulso demasiado firme para su montón de años fue humedeciendo poco a poco la cinta que aflojara el movimiento de la misma para poder retratar las letras.

— ¡Perfecto! — exclamó —. Ahora miremos el carro. Bien, bien — dijo mientras se movía de un lado para otro como si fuera nuevo. Y quitándole el polvo a las teclas y demás carcasa lo probó con un folio que por allí tenía en su ordenado escritorio.

Todo en orden. La vieja Olivetti estaba a segundos de comenzar su tarea. Fue en busca de un paquete con 500 folios en blanco que estaba en su pequeña biblioteca y se preparó para comenzar a escribir. Realizó pequeños ejercicios con sus manos comprobando que sus dedos estaban ágiles y aptos para la faena a punto de comenzar.

— Bien, amigo, el mundo conocerá el bien que le has proporcionado te lo mereces.

En aquellos momentos sonó el teléfono.

— Dígame — contesto Willfred, tomando su antiguo celular que aun funcionaba a las mil maravillas.

— Hola, abuelo. Soy Johnatan ¿Cómo estás?

— ¡Ah eres tú! Sí, me encuentro muy bien Jonny. Pura casualidad, tenía pensado llamarte la próxima semana pues necesito un pequeño favor que tú puedes hacerme querido nieto — se apuró el anciano a replicar.

— Pues claro, *abu*, lo que pidas lo haré con mucho gusto. Dalo por hecho. Primero te explico el motivo de mi llamada y luego me cuentas tú. Quisiera que el fin de semana siguiente contara con tu presencia ya que disputo un importante *match* en la liga y que estuvieras presente me motivaría muchísimo.

El anciano dudó por momentos ya que su nieto vivía en San Diego, una ciudad al sur de los Ángeles, a más de 200 millas de su residencia. Pero al fin se decidió. Iría, pues alentaría a su nieto en tan importante juego y casi con total seguridad se reencontraría con sus otros dos más que tenía, y sus demás familiares, en especial con Elisabeth que esperaba su primer bisnieto.

— Gracias, abuelo, no te imaginas la alegría que me das al contar con tu presencia. Pero ahora dime, ¿qué necesitas de mí?

— Es que, verás, en estos días voy a escribir una historia que necesito que me la publicaras no escatimando en posibles gastos. Para mí es importante que mucha gente pudiera leerla y pensé en ti, puesto que tu trabajo en la imprenta me facilitaría el proceso.

— No se hable más, cuenta con ello. Además — replicó su nieto —, yo también creo que mucha gente debería conocer lo que me imagino que vas a contar. Deberías haberla escrito hace ya mucho tiempo. Pero, en fin, estás a tiempo.

— Muchas gracias, Jonny. Te dejo ya mismo, voy a ponerme a ello. Nos vemos la semana próxima. Un abrazo y muchos saludos a Hilary. ¡Os quiero!

— Ok, nosotros también te queremos.

Se cortó la comunicación.

— ¡Bien! — exclamó el anciano para sí —. Comencemos entonces.

Y enfundándose los lentes y apartando a un lado el celular, sus dedos ágiles aún comenzaron a agitarse y el *tick tick tick* de las teclas de la vieja máquina de escribir retumbaron dentro de la sala, ecos que le produjeron una inmensa satisfacción.

De pronto sus ojos se humedecieron dando paso a una lágrima que escapando de su vista acabó cayendo en el rellano de su lente, aunque si apareció en su arrugado rostro una leve sonrisa.

Sus recuerdos afloraron en su mente todos juntos retrocediendo casi 70 años en el tiempo. Acarició tiernamente una medalla que llevaba en su cuello desde su niñez, regalo de sus padres, y las letras en el todavía vacío folio como por arte de magia comenzaron a aparecer.

Primera nota del anciano

Antes de relatar los acontecimientos quiero dejar muy en claro que mi vida ha sido muy satisfactoria, tuve la suerte de tener unos padres maravillosos que dieron la vida por mí, una esposa fiel a la que aun hoy sigo amando en su ausencia, dos hijos que fueron mi vida (niño y niña) y tres nietos que adoro con todo mi corazón.

No tuve hermanos y he vivido un trance muy amargo ya que perdí a mi padre con 15 años. Mi madre a pesar de ser muy joven prefirió no rehacer su vida con otra pareja dedicando todo su tiempo a que yo triunfara en la vida. Y por supuesto que lo consiguió.

Bueno, creo que está todo dicho, el relato de esta historia comienza ya...

Tick tick tick

Aún recuerdo con inusitada claridad, y parece que lo estoy viviendo, los suaves golpes que mi madre producía en la puerta de mi habitación.

— ¡Will, Will! Despierta, no llegarás a tiempo — gritaba notándose claramente signos de inquietud en su voz.

— Hola, buenos días madre — repliqué tranquilizándola —. Sí, llegaré. Aunque me da igual, ya que esa maldita no me aprobará por perfecto que realice el examen.

— Pero Will, es el que falta para reciberte de profesor de Educación Física.

— ¡Claro, madre! Pero no te imaginas quién va a examinarme, y por desgracia para mí, es el último.

— ¿Quién es Will? — preguntó la madre temiendo una mala noticia. Y se lo dije.

Mi pobre madre al escuchar la respuesta, palideció transformándose su cara en gestos de ira, rabia e indignación.

— Sí que es mala suerte — contestó a duras penas —, pero si haces los ejercicios bien no tendría motivos para eliminarte.

— Ya encontraría uno. Sé que me odia, madre, y a pesar de ser un pretexto tan absurdo como injusto.

— Así es — contestó —. Sí, en eso tienes toda la razón. Anda, ven a desayunar y que suceda lo que tenga que suceder.

Y así lo hice, me vestí muy elegantemente, desayuné tranquilo y con mucho cuidado para no enchastrarme el traje y abandoné mi casa en busca de un milagro.

Aún pude oír las palabras de ánimo de mi adorada madre diciéndome:

— Suerte, hijo, y que sea lo que Dios quiera. Te has esforzado mucho para graduarte te lo mereces.

— Hasta la noche — saludé.

En aquel instante se dejó oír un potente trueno presagiando una intensa tormenta.

— Parece que lloverá — comenté en voz baja, y un beso cariñoso rozó la mejilla de mi cara. Un beso tierno de una madre preocupada por lo que más quería en el mundo.

Fui al garaje donde dormía mí ya veterano Ford, no sin antes tomar un impermeable ya que el tiempo amenazaba con brindarnos una buena descarga de agua. Tardaría unos 45 minutos en llegar al borde de la Península californiana donde se encontraba la universidad. La carretera era buena y aunque descargara el diluvio próximo, yo personalmente estaba en un estado de relajamiento total fuera de lo común, como si ya daba por hecho mi posible suspenso.

— Nada de nervios — me dije —. Esa desgraciada me va a suspender, pero no conseguirá desquiciarme.

Durante el camino pensaba en el motivo ridículo que esa inspectora sentía hacia mí. El problema no fue con ella sino con su hija, con la que tuve una breve relación sentimental. Relación que no funcionó y decidimos dejarlo de común acuerdo. Casi un año fue suficiente para darnos cuenta de ello. La señora inspectora me había tomado cariño y acogiéndome en su casa no paraba de agasajarme, evidentemente me quería para marido de su hija. Lo notaba, y no dejo de reconocerlo. Al principio me agradaba, pero para mi parecer el amor trata de sentimientos mutuos y no de zalamerías hasta en algunas ocasiones ridículas y si no existe ese mutuo sentimiento, la relación de pareja va directa al fracaso.

Y así lo comprendimos mi ex novia y yo. Su madre lo lamentó a tal extremo que comenzó a odiarme desde aquel momento. Intentó hacerme la vida imposible el último año de carrera, teniendo en cuenta que su cargo dentro de la universidad era muy importante.

¡Lo pagarás, Willfred, juro que lo pagarás!

Me llegaban este tipo de misivas constantemente que encontraba en mi pupitre de estudio, con la complicidad de algún malnacido remunerándolo generosamente.

Dichas misivas no me preocupaban en absoluto, limitándome simplemente a guardar aquellos mensajes por si debería presentarlos en algún momento como prueba. Y así fue pasando el tiempo hasta ese día de la prueba final.

Llegué al centro con tiempo suficiente en medio de potentes descargas eléctricas y fuertes truenos que descargarían miles y miles de metros cúbicos de agua y me acordé de lo mal que lo pasarían aquellos que padecían de omorfobia¹.

Saludé a mis compañeros de examen. Comenzando el mismo, pasando al salón, creo recordar vagamente que ese día éramos 5 los aspirantes que a los 20 años teníamos el sueño de recibirnos de lo que nos apasionaba, la carrera de Educación Física General.

El teórico transcurrió con normalidad, empleando menos tiempo que el permitido. Segurísimo estaba que mi examen había salido perfecto.

En breves momentos pasaríamos a las pruebas físicas, poniéndonos por supuesto equipación adecuada para ello. Entrando en el gimnasio dieron comienzo las pruebas

¹ Omorfobia: síndrome padecido por aquellas personas que tienen terror a la lluvia.

bajo la supervisión de nuestra amiga inspectora, que se limitaba a ver y escribir y escribir sin articular palabras.

A medida que los alumnos finalizaban las pruebas abandonaban el recinto para esperar en otra sala los resultados.

Me dejó para el final. Ella y yo solos en la inmensidad del recinto.

— ¡Comience! — sentenció —. El brillo de sus ojos denotaba venganza ávidos de ella, pronto se consumaría y sus propósitos logrados.

Así lo hice. A mi parecer creo que no tuve el más mínimo error en todas las pruebas que se realizaron con una perfección digna de una gran preparación.

— No hace falta que continúe, el examen ha terminado — habló, no permitiéndome realizar la última prueba que sería la más fácil de todas —. No es suficiente para su aprobación — prosiguió —, debe presentarse el próximo año. Buenos días —. Y tras escribir algunas palabras en su cuaderno, concluyó —. Puede retirarse.

Algo repliqué aún a sabiendas que no conseguiría nada positivo.

— Pero señora inspectora, sabe usted muy bien que no he tenido fallos en el examen. ¡No es justo! — exclamé muy ofuscado.

Y sin contestarme se dispuso a abandonar el recinto. Quedé estático sin tiempo a reaccionar, y como ya lo imaginaba intenté seguirla y salir de allí. Llegando estaba la inspectora a la puerta de salida cuando tres personas irrumpieron de súbito en el gimnasio.

La mujer se detuvo de inmediato quedándose muda al reconocer a los tres personajes:

— Inspectora Garrett, deténgase usted un momento — aquella voz tajante y firme parecía una orden, tal era la magnitud y potencia que demostraba.

— Y usted, alumno Mcconaughey, no se retire que debe escuchar esta charla que mantendremos con la cordial compañía de su examinadora — fueron las palabras del siguiente hombre allí presente.

— Hemos seguido mediante cámaras todo el examen — habló un tercero —, y por el cargo que nos compete queda usted aprobado con sobresaliente y desde este momento con la autoridad de que disponemos lo declaramos profesor de Educación Física General. Nuestras más sinceras felicitaciones.

Y uno a uno me fueron estrechando la mano. No es menester explicar la satisfacción que sentía en aquellos momentos, todo el gran sacrificio de mis progenitores había dado sus frutos.

— Muchísimas gracias, caballeros — exclamé agradecido y lleno de euforia controlada.

— Antes de marcharse, profesor — ya me llamaban de esa manera lo que aumentaba más la alegría pertinente de la que me sentía invadido —, tiene que respondernos a una pregunta que nuestra señora inspectora aquí presente debe oír.

— Muy bien, señor director, soy todo oídos — dije muy ávido y lleno de curiosidad.

— Los hechos acontecidos en este recinto hace minutos — comentó diciendo el subdirector — suponen una falta muy grave provocada por la señora Garrett y es usted mismo que debe indicarnos si quiere denunciar el hecho o si prefiere dejarlo estar.

El momento de mi venganza parecía haber llegado y confesaría que las ganas no me faltaban, pero no, no lo haría, dejaría pasar la situación y olvidarla. Entonces contesté:

— No, no, señores directores, no presentare acusación alguna contra esta señora, creo que me permitirán llamarla así pero sí me gustaría — por momentos me detuve en la respuesta. Y mis ojos se clavaron en los de ella, que cambiara su actitud para con los alumnos porque detrás de estos jóvenes existen familias que se sacrifican para que sus hijos tengan una vida mucho mejor que la de ellos y lo que estoy diciendo me consta, ya que lo he vivido en propias carnes, si se me permite la expresión. Es todo —. Y así finalicé mi pequeño discurso.

— Perfecto, profesor — puede usted retirarse.

—Muy amables — respondí, abandonando lentamente el local.

Los tres hombres quedaron a solas con la destrozada inspectora, que, con mucha humildad, mezcla de desasosiego y temor escuchó unas últimas palabras que le tenían reservadas.

— En cuanto a usted, Garrett, esta vez se ha salvado. Esperamos que de ahora en adelante siga los consejos tan bien redactados por nuestro nuevo profesor — y le puntualizaron esta última palabra y tajantes concluyeron —. Puede retirarse.

— Gracias, señores directores, les agradezco su compasión.

— Nada tiene que agradecernos, sino a ese muchacho que acaba de marcharse por esa puerta, gracias a él sigue usted aquí.

— Desde ahora les prometo que cambiaré mi censurada actitud.

— Por su bien así lo esperamos.

Yo me había quedado muy cerca de la puerta habiendo escuchado la totalidad del diálogo que antes relaté, alejándome rápidamente del lugar. Instantes después salían del gimnasio los cuatro. Hube de ubicarme cerca de la puerta de salida de la universidad para informarle a mi madre la buena nueva ya que estaría apesadumbrada y nerviosa por la falta de noticias. Estaba a punto de oscurecer y la tarde se presentaba más negra de lo normal por los gigantes nubarrones que cubrían el cielo.

De pronto percibí un terrible estruendo que debió oírse en varias millas a la redonda, y el agua comenzó a caer de una forma estrepitosa, hecho este que unido a la luz que producían los constantes rayos creaban un paisaje tan macabro como maravilloso.

Pasarían de las 7 de la tarde cuando disponiéndome a marcar los números de casa para tranquilizar a mi madre que no me cabían dudas de su estado inquietante una voz rota y temblorosa me interrumpió.

Las exclamaciones deberían escucharse en un radio de muchos metros.

— Gracias Willfred, muchas gracias, gracias, y perdón, perdón, perdón.

La inspectora se dirigía a mi persona soltando una y otra vez esas palabras, *gracias, gracias, gracias, perdón, perdón, perdón...* giré la cabeza estaba allí con el rostro desencajado y demostrando aparente arrepentimiento que estuve convencido de que fuera todo lo contrario y la escena la creaba para despistar.

Me acerqué a ella, mi cara habría quedado a 20 centímetros de la suya, mis ojos penetrantes taladraban los suyos y lo reconozco mi respuesta nació muy de adentro de mi ser y hoy casi 70 años después sigo pensando que estuve desacertado, pero lo siento, no pude evitarlo:

— Primero, señora, no soy dios para perdonar, y segundo... las gracias guárdelas para los monos²...

Di media vuelta y abandoné la universidad.

² Con estas palabras, amigo lector, quiero dejar bien en claro que estoy muy lejos de herir sensibilidades ante los que puedan pensar que es un menosprecio hacia un animal. Tan noble como es el mono y todo tipo de primates.

CAPÍTULO 2

El espectáculo en la calle parecía dantesco, entre los rayos, el ruido que producían y la lluvia que arreciaba, conformaban y entorno increíble a simple vista, y precioso, todo a la vez, para observar detrás de una ventana muy bien resguardados.

Llegué al coche empapado por completo, enfundado en el impermeable que había tomado en casa. Ya dentro del vehículo, me dispuse a llamar a mi madre y darle la buena noticia³. Precisamente en aquel momento se produjo un terrible estampido.

Seguramente lo había producido otro de los miles de rayos que por aquellos momentos caían a lo largo y ancho de toda California. A través de la lluvia, hizo su aparición una gran luz que inundó todo el cielo y que alumbró el interior del coche.

De pura curiosidad, y sin temor a mojarme, descendí del auto para observar.

— Qué extraño... — pensé. Lo que acababa de ver sí que era muy extraño y, a la vez, curioso: una estrella fugaz atravesó el encapotado cielo tardando cuatro o cinco segundos en desaparecer.

Hube de conformarme. A fin de cuentas, era eso, una simple estrella fugaz, una más de las tantas que se dejan ver todos los días en el cielo de todo el mundo. Lo curioso del fenómeno fue que se produjo por debajo de la tormenta... Pero bueno, acontecimientos similares en nuestra atmósfera se producen continuamente.

Y sin más preámbulo, me introduje en el coche, no sin antes, claro está, solicitar el clásico deseo que suele formularse en estas situaciones aisladas. No recuerdo con certeza mi deseo, pero imagino que sería lo normal en estos casos, felicidad y bienestar para mi madre y para mí, que éramos única familia por aquellas fechas. La alegría de mi madre al conocer la noticia, es inútil describirla, y yo ya estaba deseoso de llegar a casa para contarle con todo tipo de detalles lo acontecido en la universidad.

Por lo menos me esperaba una hora de viaje teniendo en cuenta el gran diluvio que estaba cayendo, hecho que haría ralentizar mi regreso. Años después, nunca se me olvidó aquella noche de noviembre, y no precisamente por la inclemencia del tiempo.

Puse el vehículo en marcha e inicié el regreso a casa. Y como siempre había, ajusté el cuentamillas a cero porque me daba la sensación de que el viaje se me haría más corto.

³ Antes de continuar con la historia quisiera hacer un breve comentario queridos lectores, que debemos recordar que por aquellos tiempos corrían los años sesenta del siglo pasado cuando el hombre aún no había llegado a la luna, y no existían celulares ni cámaras de imagen directa, y me refiero a la llamada que realicé hablando con mi madre a cincuenta millas de distancia, que dicha llamada fue posible mediante un *walkie talkie* de gran potencia cuya señal recibía en su casa con claridad, y que nos permitía hablar como si fuese un celular solo nombrando la palabra cambio entre medio. Sin duda se trataba de un receptor de radio muy sofisticado para la época. Algo similar aconteció en el gimnasio donde realicé la prueba física en el examen, donde hago alusión al hecho de que los profesores seguían aquel momento mediante cámaras. La televisión transmitía desde hacía poco tiempo, y fue de esta manera que, con la instalación de micrófonos muy bien camuflados, y un repetidor de tv transmitía la señal siendo de esta manera como pudieron seguir en directo toda la prueba, tecnología que, aunque parezca un poco cutre, era muy avanzada para la década.

— ¡Qué barbaridad! — exclamé. No recordaba una tormenta tan agresiva como aquella, aunque, sí creo recordar la ausencia de viento. El agua caía a baldes sobre el asfalto, formando curiosos globitos y ráfagas de agua por las canaletas de la calzada.

Habría recorrido unas quince millas sin ningún tipo de incidente, incluso prácticamente sin tránsito tanto de ida como de vuelta. Tenía la sensación de que la lluvia arreciaba aún con más fuerza y que teniendo el limpiaparabrisas a su máxima velocidad, me impedían ver la carretera con claridad. Tuve que reducir un poco más la velocidad.

Ocho millas más adelante, me vi en la necesidad de apretar el freno con tal violencia, cuando un obstáculo se apareció ante mí en la carretera. Ante la frenada, el coche se paró en seco dando un pequeño volatizo, quedando en mitad de la carretera.

De súbito hube de conectar las luces de avería para señalar aquella posición tan peligrosa y no causar algún posible accidente. Descendí del vehículo con extrema rapidez y corrí cuanto pude para llegar ante aquel obstáculo que se había aparecido de improviso, que había estado a punto de llevármelo por delante.

Aquello parecía una sombra dentro del abundante diluvio que seguía cayendo con estrepitosa intensidad, y a medida que fui acercándome, ahora ya se asemejaba un pequeño bulto que parecía moverse atravesando la carretera muy despacio, lento pero seguro. Ya estando muy cerca, no tenía dudas, aquella cosa era *algo vivo*.

Aceleré el paso, apenas dos metros me separaban del objetivo. El agua empañaba mis ojos dificultando mi carrera, por suerte no tropecé con ningún obstáculo, y al fin pude ver aquello que de improviso se presentó en medio de la calle en medio de aquel entorno dantesco.

En aquel instante mi corazón se impregnó de una inimaginable ternura al ver a que cachorrito indefenso y tal vez a punto de morir. Era un perrito que no tendría más un mes de vida, y que con total seguridad había escapado del cobijo de su madre.

— Pero, hombre — exclamé —. ¿Qué haces aquí perdido, compañero? — le hablé como si esperara una respuesta que, claro está, no recibiría.

Aunque sí, y en plena noche, ya pude apreciar que de sus ojos se desprendía una mirada que interpreté de agradecimiento al recogerlo y salvarle la vida. Lo recogí sin perder un instante y corrí velozmente hacia el coche, acomodándolo en el asiento del copiloto. Intenté secarlo con unos paños que guardaba en la guantera, cubriéndolo con mi saco⁴ del traje, que estando seco en el asiento trasero le sirvió de abrigo, y allí lo coloqué lo más cómodo que me pareció posible.

Reanudé el regreso a casa ansioso de llegar en medio de aquella vorágine rocambolesca. De vez en cuando dirigía una mirada al cachorrito escondido debajo del saco totalmente cobijado.

Algunas millas más adelante, tuve una impresión de inquietud, pues no apreciaba ninguna señal de movimiento en el animal. Detuve el coche y lo destapé con mucho cuidado, y sentí una gran sensación de alivio al comprobar que se había quedado dormido al

⁴ Saco: en gran parte de América latina, esta palabra la palabra se refiere a una simple chaqueta.

encontrarse en aquella posición muy cómoda y cálida. Así que volví a cubrirlo, prosiguiendo nuevamente la marcha.

La tormenta seguía arreciando con fuerza y el agua cayendo en forma de diluvio dificultaba aún más el regreso a casa. Al fin, y tras dos horas de marcha dificultosa, logre estacionar el *Ford* en el garaje. Agarré al cachorrito con mucho cuidado, que todavía dormía, y disparado entré en casa, poseso de una inusual algarabía normalmente justificada debido a la situación de felicidad que por aquellos momentos me llenaba.

Mi madre apareció de pronto y, cuando se disponía a abrazarme, se detuvo en seco, al percatarse del bulto que llevaba entre los brazos.

— Ohhh.... Will... — y la pregunta, obvia, surgió al instante —. ¿Qué traes ahí? — y al unísono pudieron percibirse suaves gruñidos que escapaban del pequeño cachorro, acabando de despertar.

— Mira, madre, lo encontré en mitad de la carretera. Casi lo atropello, y, al verlo en aquella situación, no dude en recogerlo.

Con mucha rapidez, fui en busca de una cesta que usábamos para menesteres domésticos, y allí lo acomodé, de tal manera que se sintiera lo más cómodo posible. A pesar de ello, los gruñidos se acentuaron. El motivo se veía claro: tenía hambre.

— Hay que darle un poca de leche tibia — dijo mi madre, al percatarse del signo de protesta.

— Sí, sí, vamos... luego de cuento lo que sucedió en la universidad.

Calentamos un poco de leche, e improvisamos un biberón con una botella y un viejo chupete que, por suerte, teníamos en algún recóndito lugar de la casa. Le acercamos la mamadera a la boca, y el movimiento fue reflejo, automático, creyendo que mamaba de la teta de su madre.

En ese momento pudimos apreciar su extraña belleza, con un hocico un poco alargado, y dos orejones que muy pronto se erguirían. Tenía un pelaje no definido, pareciendo combinaciones de colores que iban entre el negro marrón y grisáceo, y podíamos decir con un toque de amarillo. Aunque lo que más me llamó la atención fue el grosor de sus patas, presagiando un animal de grandes dimensiones. Y entonces acabó el biberón improvisado, quedando nuevamente dormido, no sin antes dirigirnos una mirada penetrante donde se apreciaban notablemente muestras de agradecimiento. Creo que era evidente, y parecía saber que, con ese rescate puramente casual, le había salvado la vida. Y, entonces, se durmió al instante. Fue entonces que la tormenta pareció amainar, y la lluvia dejó de caer.

Le conté a mi madre todos los detalles de lo acontecido en la universidad, disfrutando de un café delicioso que preparó mientras seguía con atención la curiosa anécdota que sostuve con la despiadada señor Garrett.

A la mañana siguiente decidiríamos qué hacer con el cachorro. A pesar de todo, la noche transcurrió tranquila, en gran contraste de aquel ajetreado día que nos tocó vivir. El animal durmió en aquella cesta improvisada junto a mi cama.

Algo me había despertado de improviso. Abrí los ojos, y lo tenía allí, encima del pecho, lamiéndome la cara. Parecía decirme que volvía a sentir hambre. Su cola, agitándose de un lado para otro, se balanceaba con rapidez, gruñendo tímidamente, avisando que ya era hora de saltar de la cama.

— Ya, ya... — y hube de apartarlo para poder vestirme.

Era fin de semana, y no había motivo para las prisas. Aunque, sí, lo reconozco, ya eran horas de desayunar. La voz alegre y emotiva de mi madre se dejó oír al otro lado de mi habitación.

— Profesor, hay que desayunar, y la orden va para los dos — ya le tenía otro biberón listo para ser engullido por nuestro pequeño huésped.

Y así lo hicimos. Fue con la luz del día cuando pudimos apreciar muy bien la belleza del animal. Un pelaje que podía ser negro por su lomo, una cola tupida en pelo del mismo color, siendo su pecho algo más claro que el manto, y cuatro patas, muy anchas semi amarronadas con tintes amarillentos, y mezclas de grises y ocre, donde destacaba en una de ellas, la derecha, exactamente de las delanteras, una zona blanca con pequeños caracteres ininteligibles. En su cabeza destacaban dos orejones ya enhiestos a pesar de su corta edad, un hocico un tanto alargado y una marcada boca donde ya podían apreciarse los primeros colmillos.

— La verdad, Will, es un animal precioso.

— Así es, madre — le respondí —. Me pregunto de dónde se habrá escapado.

— ¿Qué harás con él?

— Madre, soy sincero, me gustaría quedármelo, pero necesitaría, en primer lugar, tu aprobación, y después, la de sus dueños, si los tiene.

— Mi aprobación ya la tienes, pero, ¿cómo reconocerás a sus dueños?

— Esa es la pregunta... aunque tengo una idea de poder averiguarlo. Me trasladaré al lugar aproximado donde lo encontré. Con seguridad sus dueños no vivirán muy lejos, y, una vez lo averigüe, lo devolveré a su madre.

El animal, muy próximo a nosotros, parecía estar atento a la conversación, y unos gruñidos un poco más fuertes que los anteriores, se dejaron oír. Nuestras miradas, al mismo tiempo, fueron rectas hacia él, no comprendiendo su actitud un tanto agresiva.

— Creo que nuestro invitado no está de acuerdo con la conversación — comenté.

— A mí también me lo parece.

— Amiguito — me dirigí a él como si me entendiera —, si no conozco a tus verdaderos dueños, no estaría en paz quedándome contigo.

El animal se quedó en silencio. Tranquilo, decidiendo acabar el resto de biberón que aún le quedaba. Sé que nos pareció extraño que suspendiese la ingestión del alimento, durante nuestra charla, pero, en aquel instante no le dimos importancia. Y sin más, rematamos el desayuno parcialmente suspendido.

Entonces decidí que mi amigo y yo lo pasáramos juntos ese sábado. Al día siguiente me desplazaría al lugar donde lo encontré perdido, y buscaría por allí la vivienda de sus verdaderos dueños, que por lógica no estaría muy lejos. Pasé prácticamente todo el día pendiente del animal, jugando a clásicos juegos como si fuera un niño con su mascota. Aunque, debo reconocerlo, llamaba mi atención la inteligencia que demostraba, para su corta edad. No llegaría a los dos meses, pero ya, parecía entenderme, colaborando en demasía con los juegos que en el jardín de casa realizábamos. A ratos quedaba estático, observándolo. Era un cachorro hermosísimo, así podía catalogarlo, y a intervalos se acercaba a mí, gruñendo insistentemente hasta lograr colocarse a mi altura, para unir su cara a la mía, lamiéndome las mejillas, dando evidentes muestras de cariño.

A la mañana siguiente, hube de vestirme de forma cómoda, ya que volvería a la carretera para recorrer unas cuantas millas. Debía encontrar a sus verdaderos dueños, y era menester hacerlo con urgencia.

— Madre, tendrás que cuidar al animalito unas horas, me espera un largo recorrido, y no sé el tiempo que emplearé en encontrar el objetivo.

— No te preocupes, Will, nuestro anfitrión estará en buenas manos — lo miró con mucha ternura, y con el temor de encariñarse con él, sabiendo que al regreso de su hijo ya se conocería al verdadero dueño.

— Gracias, madre, no me cabe la menor duda de ello — y tras una simple caricia en el hocico abandoné mi casa.

El cielo ya despejado y limpio de la inmensa tormenta del viernes pasado componía un clima agradable para aquella época del año tan fría. Por supuesto, las estaciones son complejas e impredecibles en todas partes del mundo.

Ya en ruta, intenté recordar el lugar aproximado del encuentro fortuito. “Vamos a analizar”, pensé en voz alta. “Me parece recordar un indicador de millas con el número 23... sí, estoy seguro de ello”. Y firme y seguro en mis especulaciones, conduje con cuidado hasta encontrarlo. “El 23”, me repetí, y treinta minutos después di con el ansiado indicador.

— ¡Si, ahí está! — exclamé. Y estacionando el viejo *Ford* en un rellano del lugar apartándolo de la carretera, descendí del vehículo perdiéndome bosque adentro.

El paisaje se presentaba tupido en árboles y vegetación diversa, y unos metros más adelante se apreciaba un camino transitable.

— Perfecto, este será el pasadizo que me lleve a la casa de los dueños, espero... la lógica nunca falla.

El trayecto se presentaba interminable, aunque mi condición de profesor de educación física me permitía realizarlo a la perfección no notando en ningún momento señales de fatiga. Una hora caminando a paso muy ligero hubo de pasar, hasta que, al fin, apareció una casa demasiado grande, vallando su perímetro, y unos cuantos animales sueltos como vacas, terneros, gallinas y hasta cuatro o cinco caballos, pastando con total serenidad.

— Claro, esto es una granja, de aquí escapo el cachorrito, y creo no equivocarme.

Apurando un poco más el paso me dirigí hacia el portal de entrada. Dicho portal estaba cerrado con cadenas portadoras, creo recordar, y dos candados. A un costado de los mismos se encontraba un timbre. Había que llamar, y así lo hice, ávido de darles a los caseros la buena noticia del rescate del animalito perdido. No creí tener ninguna duda al respecto de que de allí procedía. Repetí el llamado. Aun tardaron un par de minutos en aparecer los caseros. Claro, era domingo, y quizás los sorprendí en la cama. Pero, ahora, hacia mí se dirigían dos personas, un hombre y una mujer de mediana edad acompañados de un alborotado chihuahua⁵ que no paraba de ladrar al percatarse de mi inesperada visita. En pocos segundos recorrieron los cien metros que separarían la casa del portón de entrada, donde yo esperaba impaciente. Fui yo quien abrió el dialogo ante sus miradas inquietantes.

— Buenos días, señores — saludé cordialmente.

Devolvieron el saludo con un notable acento de inquietud y asombro ante una visita totalmente inesperada.

— Antes que nada, deben disculparme ante mi presencia aquí, y a estas horas en un día como hoy. Y es que tengo una pregunta muy importante que hacerles — esperé expectante para ver la reacción de los caseros.

— Bien, muchacho, te escuchamos — contesto la mujer secamente, con toda la apariencia de trabajar en el campo.

Pero la desconfianza todavía se notaba en sus rostros. Y los candados continuaban cerrados. Además, el chucho continuaba ladrando como si hubiera visto el diablo en persona. Ante una señal del hombre el perro paró de súbito, alejándose unos metros del cónclave.

— Es que la noche del viernes, durante la tormenta, me encontré en la carretera un cachorrito de perro recientemente nacido, que tal vez, haya escapado de aquí. Venía a informarles que está en mi poder.

La pareja se miró perpleja, aunque noté menos desconfianza en sus miradas.

— Y siendo así — continué —, se lo entregaría de inmediato, ya que el animalito aún necesita el cuidado de su madre.

Pasaron diez segundos, no más, cuando obtuve una respuesta.

— Mmm — exclamó la mujer, aunque con el tono mucho más agradable —. Lo siento, muchacho, pero esa que ves es la única fiera perruna que habita en la granja — dijo señalando al chihuahua, comenzando a ladrar de nuevo —. Los demás animales ya los puedes ver con tus propios ojos: vacas, bueyes gallinas, patos, y un gato que andará por allí paseando.

No pude más que sonreír. Ver a ese animalito crispado al verme, produjo esa sensación, comprendiendo que de aquella granja no provenía.

— Bueno — conteste —, es evidente que este sitio no es el que busco. ¿Podrían indicarme otro por esta zona?

⁵ Chihuahua. Raza de perro muy pequeño y muy alborotador especial para vivir en ciudades, y de agradable compañía para los niños.

— Sí — contestó la mujer — del otro lado de la carretera hay otra finca similar a esta. Pregunte allí, aunque el cachorrito que encontró no pertenezca, me parece, a ese sitio. Si hay otra cosa en la que podamos ayudarte, lo haremos con mucho gusto — acabó diciendo con mucha amabilidad.

Me agradó el tono imperativo con el que se dirigía hacia mi persona, pero, claro, ya no podía ayudarme.

— Lamentablemente, no — respondí —. Buenos días.

— Hasta la vista, muchacho, y suerte.

Di la vuelta y me alejé de la granja. Reconozco que mi inquietud era notoria, no paraba de pensar que esa otra granja a la que se referían los amables caseros no podría ser el lugar de origen de mi rescatado, ya que el perrito había aparecido por sorpresa de ese lado de la carretera, y no del otro. Pero, decidí ir igualmente a hacerles una visita, el sitio que buscaba no podía estar muy lejos. Volví a la carretera, y crucé al otro lado.

El camino, aunque sinuoso, era similar al anterior, aunque se notara que por allí transitaban vehículos, que con seguridad serían los dueños de la finca. A ambos lados del camino se apreciaba una vasta vegetación que parecía un tupido bosque, que no ofrecería peligro, teniendo en cuenta que por allí vivían personas. Esos eran mis pensamientos, y, caminando con demasiado sigilo, atento al entorno, me adentré en el pasadizo.

Treinta minutos caminando a paso ligero me llevó llegar al destino buscado. La granja, muy similar a la otra en características, me pareció más moderna. Se veía un repetidor de radio sobre un poste alejado unos metros de la entrada, que con seguridad reproducía imágenes que podían verse dentro de la casa. No me equivocaba en mis conjeturas: antes de que llamara al timbre instalado a un costado del inmenso portón de fierro, se apreció una figura femenina, que, a unos cien metros de distancia, venía hacia mí.

Solo treinta segundos pasaron cuando la tuve ante mí. El corazón me dio un tremendo sobresalto, parecía que iba a escaparse de la caja torácica, y, lo confieso, hasta entonces, y con mis jóvenes veinte años, no había visto a una chica tan linda, preciosa y, además, para rematar la característica, pecaba de simpática.

— Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? — preguntó esbozando una leve sonrisa.

De pronto reaccioné, abandoné el éxtasis que por momentos me embargaba, y contesté tartamudeando tímidamente.

— Buenos días — apenas contesté como pude.

También confieso que nunca me había pasado algo así frente a una chica, pero esta vez, sucedió. Salvados aquellos momentos de apuro, me disponía a presentarme y a formular la misma pregunta que me había llevado hasta allí. Mientras, ella me miraba fijamente, como queriendo encontrar en mi rostro una persona conocida. Antes de que pudiera hablar, ella chasqueó los dedos, y dijo:

— Sí, creo que te conozco. Tú estudias en la universidad de San Diego, ¿verdad? — a la vez, noté un tono emocionado en su pregunta.

— Así es — contesté —, aunque ya he acabado la carrera.

— Yo estudio allí, y creo que te he visto en alguna ocasión acompañando a Elisabeth. ¿Es tu novia, ¿verdad?

Eran demasiadas preguntas, una tras otra, y, tal vez, a ella le había pasado lo que a mí, pensé con un deje de ilusión.

— Efectivamente, con una pequeña diferencia: *era*. Lo dejamos de mutuo acuerdo.

La chica pareció congratularse con mi respuesta, o por lo menos eso me pareció, replicando "*cosas que pasan*".

— Elisabeth no era mi amiga, pero estábamos en el mismo curso — y continuaron las preguntas —. Ya no acudes a la universidad, ¿no? Me acabas de decir que has acabado la carrera. Felicitaciones por ello — hablaba todo ella.

— Así es, aunque la semana próxima debo acudir ya que los directores del centro quieren comentarme un asunto de mucha importancia.

Amigos, me lo inventé, no estoy acostumbrado a mentir, pero aquella ocasión fue más fuerte que yo, era un buen pretexto para volver a verla.

¿Creen en el amor a primera vista, estimados lectores? Yo, personalmente, no lo creía, hasta ese momento, por supuesto.

— Perfecto, ya nos veremos allí. ¡Ah! A propósito, me llamo Alice, Alice Conway.

— Willfred Mcconaughey.

— Pero ahora que nos hemos presentado, deberías decirme que te trae por aquí, un lugar un tanto apartado, y, en domingo.

En aquel instante apareció otra mujer de unos 45 años que también se fue acercando hasta nosotros. Yo permanecía del otro lado del portón. Antes de darme el tiempo de poder contestarle, hubo de presentármela.

— Mi madre — dijo. Al instante saludé educadamente.

— Mucho gusto, señora. Me presento: soy Willfred Macconaughey.

Devolvió el saludo, invitándome a pasar.

— No, no se preocupe, mi presencia aquí es un motivo muy trivial.

— Dime, entonces, Willfred.

Quiero reconocer que me agradó en demasía el tono de su pregunta. Alice se mantenía callada, siempre mirándome fijamente. Me lo parecía intuitivamente. Les pregunté finalmente por el motivo que me había llevado allí. La respuesta que obtuve, casi la imaginaba.

— Imposible, muchacho. Aquí tenemos tres perros y son machos. No es de aquí la procedencia del cachorro al que haces alusión. Tal vez si preguntas en la granja del otro lado de la carretera...

— Vengo de allí precisamente — la corté, educadamente —, incluso fuero ellos que me nombraron este sitio. Bien, les agradezco su amabilidad, pero debo seguir buscando. Una última pregunta, por favor. ¿Podrían decirme si hay otra granja por las cercanías?

Esta vez fue Alice la encargada de contestarme.

— Nada, en muchas millas no encontraras más que bosque y vegetación.

— Sí que es extraño... — musité, aunque insistí —. ¿Pero seguras que es así? El animal tendrá dueño, y, además, me parece que tiene, incluso pedigri.

— Seguro que es evidente — contestó la madre —, pero de esta comarca no procede.

— Bien, entonces, gracias a las dos — me despedí.

Y dispuse a alejarme, cuando Alice interrumpió mi partida.

— ¡Perdona, Willfred! Solo una cosita más: desde hace algún tiempo se rumorea que hay lobos en la zona, aunque creo que es imposible, ya que nunca los hubo.

Asentí. Sonaba lógico, yo tampoco lo creía, nunca había oído hablar de ello.

— Por precaución anda con cuidado, en el camino de vuelta.

— Así lo hare, señorita — yo estaba muy tranquilo, esa teoría que se rumoreaba tendría que ser falsa, y no pasaría de un simple rumor. De nuevo me despedí — Nos vemos, ¡adiós!

— Que sea pronto — dijo Alice en voz baja, pero lo bastante alto para que lo escuchara, y lo que fue muy agradable para mis oídos.

— Así sea — respondí, sintiendo el corazón latir con más fuerza.

Y reinicié el camino de regreso al auto. Mientras caminaba, los pensamientos brotaban en mi cabeza como empujados por la incertidumbre de mi fracasado objetivo. *Lobos*. ¡Que tontería! Teoría ridícula, nadie había visto uno por aquellos parajes. Y descolocado, llegué al auto, iniciando el camino de vuelta.

Puse el coche en marcha, no sin darle vueltas al asunto. ¿De dónde había escapado ese pequeñín? No encontraba explicación posible, aunque una palabra volvió a mi desorientada mente: *lobos*. Esa podía ser una alternativa. Intentaría averiguarlo al llegar a casa.

“Pero miremos el lado positivo de la cuestión”, pensé para mis adentros. “Creo que el amor había tocado mi acelerado corazón, y aquello me confortaba. *Una de cal y otra de arena*, el antiguo dicho se ponía de manifiesto. “Amigo rescatado, creo que tendrás que quedarte conmigo”, pensé. Y eso, claro estaba, era lo que estaba deseando.

CAPÍTULO 3

Sin siquiera estacionar el auto en el garaje, y luego de un saludo apurado a mi madre, corrí, casi volé, hacia la biblioteca ubicada en alguna parte de mi casa. Mi madre quedo perpleja y con la palabra en la boca, y con ello las preguntas habidas de hacerme, pero no le di tiempo. Mi afán era cerciorarme lo antes posible del único motivo real que tenía con respecto a la procedencia del cachorro, no podía ser otra, y me repetía una y otra vez: *lobos, lobos...* Sí, era eso.

Busqué y rebusqué en la pequeña biblioteca hasta encontrar el libro buscado. Mi madre me siguió un tanto nerviosa, viendo mi actitud, y quería respuestas, no acabando de comprender tal situación. Por supuesto que el momento se presentaba incomprensible, pero la impaciencia era tal que debía encontrar el ejemplar buscado lo antes posible.

—Vamos a ver, vamos a ver... Si no procedes de esas dos únicas granjas en 50 millas cuadradas, el rumor de la existencia de lobos en la comarca debería ser cierto.

Sería extraño, pero no encontraba otra solución posible a esta encrucijada. Encontré el libro deseado, y con demasiado apresuramiento, leí ávidamente el titular del capítulo: "Lobos en California".

Lobos en San Diego... qué ironía, pero había que agotar todas las respuestas posibles. Empecé a leer el artículo, convencido de que en esas palabras encontraría la respuesta buscada.

"Existen lobos en California donde forman manadas, y el llamado lobo gris, así es como le llaman a esa raza cánida, buscan su guarida entre las montañas Rocosas, en el área conocida como Condado de SISKI YOU, a 400 millas de Los Ángeles.

Podemos asegurar que es la única región del estado californiano donde viven."

Que estático, mi cara sería una mutación de los músculos faciales, no reparando de la de mi madre que ya estaba junto a mí. No leí más, la única respuesta posible a la incertidumbre, había quedado resuelta.

"Pero, entonces, de dónde diablos vienes, amigo", pensé para mis adentros. De momento, esta pregunta quedaría sin respuesta, y Dios sabe si la encontraría.

— Will, por favor, dime qué pasa — la cara de preocupación era bien visible.

Intenté calmarla.

— Tranquila madre, es que estoy en medio de un acertijo, sin posibilidad de solución.

— Tiene que ver con la procedencia del perrito, ¿verdad?

— Así es, en toda la región ocupando 50 millas cuadradas, solo existen dos granjas, y de ninguna de ellas procede nuestro amigo. Quedaba simplemente esta única posibilidad de que fuera hijo de una loba que viviera en la zona, pero eso es difícil de digerir, me acabo de enterar que la manada más cercana habita a 400 millas de San Diego.

— Sí que es extraño — atinó a balbucir.

— ¿Dónde está ahora, madre?

— Duerme — fue su corta respuesta.

— Viendo los acontecimientos, tendremos que adoptarlo.

— Lo criaremos muy bien, Will, no dudes en ello. Luego de haberle salvado la vida, ahora hay que ofrecérsela, no te parece.

— Pues, que así sea.

La decisión estaba tomada.

— Nos quedaremos con el cachorro a pesar que su tamaño seria como la de un pastor o un Collie, tal vez más grande.

La conversación fue interrumpida por el propio animal, emitiendo grandes gruñidos que indicaban simplemente hambre. Y allí, moviendo su voluminoso rabo, se acercó a mí, solicitando que lo levantara en brazos. Así lo hice. Visto de muy cerca, se veía aún más bello, sus orejotas prácticamente erectas, su trompa un tanto alargada y negra, y el manto del mismo color, con claros en el pecho, apreciaban un animal de extrema belleza, rematando su estirpe, la gran mancha blanca que destacaba a lo largo de su pata delantera izquierda.

— Ya... — entre mis manos le hablé, siempre con aquella sensación de que entendiera lo que le hablaba —. Habrá que ponerte un nombre, ¿verdad? — y me dirigí a mi madre —. ¿Cómo le llamaremos? — pregunté con afán de que colaborara en ello.

Dudó durante unos segundos. Y un instante antes de que abriera la boca para dar su opinión, me detuve a observar aquellas manchas blancas que adornaban su pata delantera.

— Mira por dónde, madre, su nombre lo lleva estipulado en su pata.

— ¿Cómo dices? — contestó algo confusa.

— Observa: la mancha blanca superior tiene forma de Y griega, la del medio es una circunferencia casi perfecta, y la de más abajo, es idéntica a la primera. Ya tenemos el nombre. Lo llamaremos ... Yoy. ¿Qué te parece?

— Me gusta — asintió.

— ¿Y, a ti, pequeño? — aquellos pequeños ladridos no se hicieron esperar, estaba convencido de que aprobaba su bautizo.

Durante la cena de aquel domingo de invierno, hablamos del futuro que me esperaba como profesor de educación física general., y que por suerte no se hizo esperar. A la mañana siguiente, recibimos una llamada telefónica procedente del centro universitario, donde había realizado mi carrera.

Ironía del destino, el día anterior le había mentido a la chica de la granja, a la que no podía sacar de la cabeza, y con pretexto de volver a verla, y, ahora resultaba que había sido cierto.

Les cuento: serían las diez de la mañana, mientras jugueteaba con Yoy, cuando sonó el teléfono. Descolgué.

— Buenos días, dígame.

— ¿El señor Wilfred Mcconaughey?

— Con él habla.

— Soy el director de la universidad de San Diego, Jones Criad,os gustaría hablar con usted, profesor, puede ser posible.

El corazón me dio un sobresalto, parecía salirse del pecho.

— Por supuesto, director, solo indíqueme la fecha, y allí estaré.

— Pues, el próximo miércoles, ¿le parece bien? Sobre las doce p.m.

— No faltare, allí estaré.

— Correcto, lo esperamos.

En realidad, esperaba esa llamada, aunque no tan pronto. Pero, mira por dónde, no paso por mentiroso. Era menester comentar la alegría de mi madre, y no digamos de la mía personal, poder ejercer la profesión a corto plazo.

— Ojalá, Dios lo permita Will — fueron sus palabras con un signo de emoción.

Al día siguiente, martes, dediqué gran parte del día a cuidar de Yoy, que, siendo tan pequeño, demostraba una inteligencia un tanto impropia para un cachorro de tan temprana edad. Simplezas como sentarse, ofrecirme una de sus patas a modo de saludo, pararse en sus traseras, recoger objetos que le lanzaba a distancia y difíciles de encontrar, volverme a saludar, en fin, como dije antes, simplezas, pero un tanto impropias para un animalito de tan corta edad. La verdad, que yo personalmente estaba feliz de haberlo adoptado, aunque, a menudo, me invadían pensamientos confusos acerca de su origen.

Le construí una cama confortante de madera y sumamente acolchada de tal manera que tuviera la máxima comodidad para su descanso, aunque, tengo que decirlo, siempre terminaba durmiendo en mi cama, claro está, hecho que no me desagradaba.

Ya en miércoles, me dirigí a la universidad con tiempo suficiente para acudir a la cita, la primera entrevista de mi, hasta entonces, corta vida.

— ¡Suerte, hijo! — se despidió mi madre besándome suavemente en la mejilla. Vi derramársele una lágrima, seguramente por el recuerdo de mi padre, fallecido hacía un lustro.

La verdad, que a mí personalmente también me hubiera gustado que aquí, y ahora y entonces dedicarle unas palabras dentro de mis emotivos pensamientos: *“Gracias, padre. Tú también fuiste base fundamental en mi carrera profesional, que intentaré desarrollarla lo humanamente posible en honor a vuestros sacrificios”*.

Y salí apresurado para que mi madre no captase la lágrima que había escapado de mis ojos ya humedecidos por la emoción de los recuerdos.

— Hasta la noche — alcancé a balbucir en voz baja.

— Aquí espero, y suerte.

La entrevista con los directores de la universidad fue todo un éxito, resulta que el profesor titular del centro, se dio de baja permanente, y me ofrecieron el puesto, que, por supuesto lo acepté de inmediato. Conseguí un buen contrato, y comenzaría a trabajar en pocos días, al finalizar el mes en curso.

Una vez finalizado el papeleo pertinente, con su documentación en plena legitimidad, abandoné la sala, no sin antes agradecer a la junta en pleno, la confianza que habían depositado en mí, incluso, sin experiencia en el cargo.

La alegría que en aquel momento invadía mi cuerpo, era inexplicable, necesitando llegar a casa cuanto antes para darle a mi madre la buena nueva. Ya fuera de la universidad, a punto estaba de subir al coche, cuando oí una voz a mis espaldas, que llamaba alborotada, intentando atraer mi atención.

— ¡Will, Will, espera un momento, por favor!

Reconocí al instante la autora de los gritos. Por educación, hube de voltearme y atender aquella llamada, que parecía un tanto desesperante.

— Hola, Elisabeth — respondí secamente.

Aunque nuestra relación había acabado de buena manera, no me era agradable entablar una conversación con mi ex. Soporté oír lo que quería comunicarme.

— Hola — dijo tímidamente —. Solo deseaba decirte que te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mi madre.

— Tranquila, no fue nada.

— Fue demasiado — añadió.

— Pensé — y con estas palabras dejaría zanjado el diálogo — que detrás de esa señora existiría una familia, y que por lo tanto no merecían cargar con su mala acción, y no me creí con derecho a denunciarla. Eso es todo, ahora, si me disculpas, debo irme.

Di un giro súbito, y en pocos segundos abordé mi auto, alejándome del lugar. No obstante, creí haber oído mi nombre un par de veces más, haciendo caso omiso a ello.

Más tarde, al llegar a casa, y después de dar la buena noticia a mi madre que esperaba impaciente mi regreso, me enteré que, a pocos metros de mi charla con Elisabeth, una chica que yo conocía, solo un poco, había estado pendiente de nuestro fortuito diálogo.

Yoy se acercó a mí, con demasiada algarabía, demostrando su alegría por mi regreso. Y lo alcé en brazos, acariciándole en toda su cabeza. Ya empezaba en mí a nacer el cariño por aquel animalito, y no solo por haberlo salvado aquella noche de una muerte segura, sino, además, por el gran amor que sentía hacia los animales.

De pronto sonó el teléfono.

— Dígame.

— Hola Wilfred, ¿sabes quién soy?

— Sí, por supuesto, eres Alice. Pero hoy, aunque estuve en la universidad, no logré verte.

— Ya lo sé — contestó — . Pero yo a ti, sí.

— ¿Cuándo, dónde? — pregunté ansioso.

— Cuando hablabas con Elisabeth, pero te has ido tan de prisa que no tuve tiempo de llamarte.

— Sí, bueno, es que no me es muy agradable hablar con ella, aunque, te repito, que hemos finalizado de buenas maneras nuestras diferencias.

— ¿Y entonces qué? — me largó por sorpresa — . Hemos de vernos alguna vez.

— Claro, si lo estoy deseando, además, has de saber que dentro de pocos días comenzaré a trabajar allí, como profesor de educación física, suplantando al actual, que deja el puesto.

— Ok, perfecto, pues allí nos veremos, lo estoy deseando.

— Yo también, Alice, te lo juro.

Y descolgué el teléfono. Supe que era verdad lo de las mariposas que revolotean en el interior de una persona cuando está enamorada. Yo, en mi caso estrictamente personal, ya las estaba sintiendo.

Durante los próximos días me dediqué a Yoy, con el propósito de enseñarles algunos ejercicios, para intentar que se mostrara un animal inteligente. Y hay que ver la evidencia, aprendía con mucha facilidad, por ahora, lo habitual, sentarse cuando se le ordenara, brindar la pata para saludar, esconderle objetos para que los buscara y traérmelos, en fin, ejercicios típicos y fáciles de realizar. Aunque debo reconocerlo, destacaba en dos de ellos, el salto de longitud, que, a pesar de ser un cachorro, parecía un canguro, además, el salto de altura, donde ya lograba superar el metro.

Con el paso de los días, su crecimiento era notorio, y sus ejercicios cada vez más perfectos, también es cierto, su alimentación era fructuosa, acompañada de pequeños trozos de carne, que le ofrecía durante las comidas.

No me cansaba de mirarlo, imposible conocer su raza, y esa impaciencia provocó que lo llevara al veterinario de la ciudad para conocer su descendencia y el posible pedigrí, que, tras escudriñar varios libros del asunto, no obtuve ninguna posible aclaración al respecto.

Antes que nada, debo decirles que todos los días, mantenía una conversación muy agradable y romántica con Alice. No ya no tenía dudas, ambos estábamos enamorados.

— Buenos días, Edward — saludé entrando en la clínica saludando a mi amigo, el veterinario, portando a Yoy entre mis brazos.

— Hola, Will — contestó el amable médico de animales —, y compañía, por supuesto. ¿Qué le pasa a tu mascota?

— No, no, en realidad no está enfermo, solo venía por alimento, y de paso, saber si eres tan amable de aclararme a qué raza pertenece.

Al mismo tiempo, lo deposité en el suelo, acto, que el animal, por reflejo propio, se sentó, muy educadamente. El amable doctor comenzó a examinarlo, lo que a Yoy le pareció agradable, ya que, puesto en la camilla, se estiró por completo para dejarse explorar.

— Mmmm, veamos — balbuceó Edward. Yo seguía muy atento el examen. Pasaron diez largos minutos. También quince, veinte, la cara del veterinario me parecía un poema. Al fin se pronunció,

— Amigo Will, lo siento, parece pastor, Collie, ovejero, pero no logro identificarlo, no lo vínculo con ninguna de esas razas, tendrás que llevarlo a un especialista — y repitió —. No puedo ayudarte.

— Bueno, pues, recomiéndame uno, ya que quisiera conocer su especie, teniendo en cuenta que pasara el resto de su vida conmigo.

Me indicó un muy buen adiestrador que vivía en San Diego, que con total seguridad podría ayudarme.

— Él te dará la respuesta que necesitas, estoy seguro, amigo.

No tardé un segundo más, le coloqué la cadena a Yoy, recogí el alimento, y salimos como el rayo de la clínica. Minutos después, nos encontrábamos frente al destino indicado por el tan amable veterinario. Detrás de la casa, se veía un amplio campo en perfectas condiciones, encontrando todo tipo de obstáculos, unos cuantos perros por allí corriendo, y un hombre dándoles órdenes. Estaba claro que era el adiestrador.

Me acerque paulatinamente, cogí a Yoy en brazos, ya pesaba lo suyo la sabandija, y tratando de no interferir en su trabajo, esperé pacientemente a que acabara la labor, a un costado del campo. El hombre se fijó en nosotros, detuvo su labor, y fue acercándose despaciosamente con el objetivo de no distraer a las bestias que, en aquel momento le ocupaban.

— Muy buenas, ¿en qué puedo ayudarlo? — preguntó con cierta amabilidad —. Veo que trae un cliente.

— Bueno, sí y no, necesitaría que me concediera una entrevista para una consulta.

— Muy bien, muchacho, vente por la tarde y te atenderé con mucho gusto.

— Ok, gracias mi nombre es Wilfred Mcconaughey y vivo en el pueblo.

— George Harris, para servirte, Te espero luego.

— Aquí estaré, sobre las cuatro, si le parece bien.

— Perfecto — contestó.

Depositó a mi amigo en el suelo e iniciamos el camino a casa, con un toque de alegría y esperanza, puesto que ese hombre me develaría la procedencia de mi protegido. Y a las cuatro de la tarde de aquel día una incógnita más se sumaría, a las que ya me machacaban el cerebro.

El adestrador estuvo 45 minutos examinando a Yoy, que también se dejaba hacer como la vez anterior, y mi impaciencia llagaba al límite.

— ¿Qué pasa, señor Harris? — pregunté con mucha inquietud.

Durante breves segundos no obtuve respuesta, hasta que sí, recibí una, no convincente.

— Lo lamento, amigo, me es imposible catalogar el tipo de raza a la que pertenece este animal, pero de lo que, si estoy seguro, que será un maravilloso ejemplar, cuídalo mucho.

— Pero, señor Harris... — respondí confusamente.

— Sí, sí, te repito, no conozco esta raza, puede ser una mezcla de muchas, pero, te repito nunca vi una igual. La verdad, es un misterio, de lo que si estoy seguro es que goza de muy buena salud.

La respuesta me desconcertó por completo, y ya proveniente de un excelente profesional, no pregunté otra cosa que solicitarle los honorarios de su consulta.

— Wilfred — hubo de mirarme extrañamente —, no te cobraré un solo dólar, lógico, fue imposible darte una respuesta satisfactoria, pero, si en algún momento decides adiestrarlo, no dudes en traerlo.

— Así lo hare, no le quepa la menor duda.

Abandoné la consulta con más incógnitas aún. “¿Quién eres, amigo?”, me dirigí hipotéticamente hacia Yoy. Los ladridos agudos del perro, y el movimiento violento de su cola, fueron la respuesta, y mirándome fijamente, estiró el hocico, para que le colocara el collar con su correa correspondiente.

De regreso a casa, me detuve unos momentos a observar un inmenso, tal vez gigante edificio, que se estaba construyendo en las afueras de la ciudad. Leí el inmenso cartel donde informaba de la gran obra en construcción.

UNIVERSIDAD DE SAN DIEGO - *próxima construcción*

Tiempo estimado de fin de obra: 25 de agosto de 1964

Nombre: JFK

Especialidades: MEDICINA, ABOGACÍA Y EDUCACIÓN FÍSICA GENERAL

— Anda, mira por dónde, está incluida mi carrera, y es evidente que el nombre es un homenaje al reciente presidente asesinado.

El ladrido de costumbre se dejó escuchar. Y sin más incidentes, volvimos a casa.

* * *

El anciano detuvo el relato.

Era muy tarde, debía descansar para estar lucido la mañana siguiente. Ingirió la medicación diaria a la que estaba sometido, y bebiendo tan solo un simple vaso de leche, fue lentamente a su habitación.

Una vez en la cama, dirigió una mirada de cariño hacia los dos cuadros que estaban en la mesilla de noche de su lado izquierdo, allí se encontraban su esposa, sus dos hijos, Frank y Elisabeth, y él mismo. Todos esbozando una pronunciada sonrisa, y, a pocos centímetros, en el otro cuadro, Yoy, en primer plano con su compañía.

— Os quiero.

Pronunciando estas palabras en voz demasiado apenas perceptible a la vez que recogía con suma delicadeza la medalla que pendía de su cuello hacia cerca de 70 años, y a ti también, finalizó estampando un cariñoso beso. El cansancio ya lo invadía, tras apagar la luz, quedo plácidamente dormido.

A la mañana siguiente, muy temprano, saltó del lecho, y con mucha fuerza y alegría, fue a la cocina, tomó un rápido desayuno, y, sin pérdida de tiempo volvió a meterse de lleno en la tarea que le apremiaba.

La señora Grey no volvería hasta el lunes, el silencio en la casa se ponía de manifiesto, hecho este, que el propio anciano notaba claramente.

— En fin, yo a lo mío — se dijo, y dirigiéndose al escritorio, dispuso se a retomar la historia.

Humedeció un poco el carro de la máquina, y los *tic tic tic*, clásicos de las teclas, sonaban otra vez, produciendo tenues ecos, apercebidos en el silencioso ambiente del recinto de la sala.

Sus recuerdos, claros como el agua, comenzaron a fluir en su mente ya espabilada para lo temprano de la mañana. Recordó, de pronto, cómo sus padres habían entrado aquella mañana en su habitación, con una inmensa torta y diez velitas encendidas, un paquete con forma redonda y otro mucho más pequeño.

— ¡Feliz cumpleaños, Will! Sopla y pide un deseo. Estos son tus regalos.

Por ser un niño, abrió primero el más abultado: ¡una pelota de baloncesto profesional! Me volvía loco el basquetbol. Y el otro regalo: una joya, una cadenita con su medalla de oro, con un pequeño cristo incrustado y del reverso, grabado un corto mensaje, que, a pesar de mi corta edad, hubo de emocionarme: *Siempre estaré contigo*. Colgaron la cadena de su cuello, y desde ese instante, no se la quitó jamás.

Instantes después, el anciano pareció volver al presente, reanudando su relato.

* * *

Entré en casa, libré a Yoy de la cadena, que, tras una breve carrera, saltó alegremente hacia mi madre, que se acercaba, ávida de conocer las noticias que podía traer.

— Ya está Yoy, gracias por el recibimiento —. ¿Y qué me cuentas?

— Nada, madre, nuestro amigo parece venir de ninguna parte — exclamé con una sonrisa benévola y perspicaz a la vez —. Aunque, a pesar de ello, el animal está sano, y, que, además, lo queremos.

Tres *guau guau guau* se dejaron escuchar, y yo, irónicamente contesté:

— Sí, sí, tú también nos quieres.

Y los tres nos dirigimos hasta la cocina para poder merendar.

Aún quedaban algunos días para comenzar mi trabajo en la universidad, así que en los siguientes días me dedicaba a pasear con mi perro, e intentaba enseñarle más trucos. Pero parecía que no hacía falta, su inteligencia se ponía de manifiesto a cada instante, y su gran olfato, le permitía localizar objetos que escondía previamente en lugares bien ocultos.

Y fue por aquellos días, que el animal, su primer acto beneficioso. Paseando por el parque, en aquella tarde tan agradable con un hermoso sol resplandeciente, con la plaza abarrotadas de madres con sus pequeños, e incluso damas y caballeros paseando sus mascotas, yo entre ellos, se produjo aquel incidente.

En determinados momentos de la tarde, descansando en un banco del parque, varios niños se acercaron para jugar con Yoy, que parecía disfrutar con ello, y, a decir

verdad, el semicachorro, era muy digno de observar por su belleza, al recibir el sol en todo su pelaje, brillaba con inusitada nitidez, acompañando lo enhiestas de sus orejotas, y, por todo ello, llamaba la atención de varios niños que acabaron por rodearlo. “¿Cómo se llama? ¿Cuánto tiempo tiene? ¿De qué raza es?”, tales eran algunas de las preguntas que disparaban una tras otra.

No los conté, pero más de ocho, había seguro, y todos rodeándonos como si estuviéramos ofreciendo un pequeño espectáculo. Se oían algunas reprimendas de sus madres.

— Dejad en paz al señor, no lo molestes, vamos venid aquí...

— No se preocupen señoras, a mi perro le encantan estos juegos, además, le gustan los niños.

De pronto irrumpió en la escena, una señora de unos cincuenta años, lloriqueando y gritando.

— Se perdió mi gato, ¿lo han visto? Lo vi escapar hacia esta zona del parque, ¿lo han visto?

— Por favor, señora, cálmese — le sugerí.

La sonrisa de los niños que se encontraban a nuestro lado, desapareció al momento, al segundo se acercaron otras madres, para saber que había pasado.

— Es que — continuó la angustiada señora —, estaba en el jardín de mi casa, con mi gato. Yo vivo allí — dijo señalando una casa en el otro lado de la calle —. Cuando explotó una rueda de un vehículo que pasaba por allí, y *Misifus* se asustó tanto que, espantado, huyó hacia esta zona del parque. ¿Pueden ayudarme a encontrarlo?

Los presentes, un tanto indecisos, asintieron la desesperada demanda de la infeliz mujer.

— Bien — comencé —, ¿por donde dice que le vio huir?

Y señaló una zona del parque que se encontraba muy poblada de árboles. Yoy me miró de pronto como queriéndome decir algo, sí que lo entendí.

— Señora — la llamé —, siéntese en el banco, por favor.

Ella obedeció. Mi amigo saltó a su lado, acercando el hocico hacia los brazos de la señora. Comenzó a olfatearlos en toda su dimensión. La señora sin tener una clara explicación, se dejó hacer. Las demás personas del entorno seguían la escena con perplejidad y extrañeza. De inmediato, Yoy abandonó el banco, invitándome a que lo siguiera, como era su costumbre dando suaves gruñidos. Y salió disparado hacia una determinada zona de la tupida arboleda.

A ratos se detenía para que pudiera darle alcance, a pesar de su corta edad, la velocidad desplegada por sus patas era muy considerable. La carrera consistía en ir esquivando árboles, uno tras otro, para dirigirse a cierto lugar determinado, como si ya supiera el escondrijo del asustado gato.

De pronto se detuvo. Su mirada fijaba dos enormes pedruscos anclados entre un montón de maleza. Entonces fue que escuché los desgargantes del gatito que, debido al gran susto, había saltado aquellas piedras, cayendo al otro lado.

— ¡Albricias, lo has encontrado! — exclamé en pleno de júbilo — . ¡Lo has encontrado!

Y fui al lugar. Del otro lado de los pedruscos, existía un gran hoyo de medio metro de diámetro, y una profundidad de metro y medio aproximadamente. Allí había caído el tal *Misifus*, que con total seguridad hubiera sido casi imposible poder rescatarlo con vida, cuando dieran con él. Y Yoy, lo logró. Me acerqué a la fosa, que quien sabe quién, o que la construyera, y con mucho cuidado me introduje en ella pudiendo rescatar al animal sano y salvo. Lo que, si tenía muy claro, que de inmediato denunciaría este percance.

— Hurra por ti — exclamé mirando a Yoy muy entusiasmado — . Gracias, le has salvado la vida.

Muy rápidamente regresamos al lugar donde esperaba la angustiada señora dueña del gato. Al vernos aparecer con el felino en mis brazos, los aplausos de los presentes resonaron en medio del parque, especialmente dirigidos a mi persona ya que lo transportaba entre mis brazos. La dueña, emocionada, no paraba de darme las gracias, y los niños allí presentes festejaban el momento.

— No, señora — dije — , el que verdaderamente salvó a su mascota, fue él — y lo señalé significando que realmente fue el héroe — . Y, por lo tanto, el que merece los elogios. Creo, personalmente, que ninguno de nosotros hubiéramos dado con él tan pronto.

La mayoría de los críos se acercaron a Yoy, acariciándolo repetidamente besándolo en su cara y a lo largo de lomo, que, por supuesto no era grande aún, puesto que todavía era un semicachorro. La emocionada señora acarició tiernamente a mi perro, llenándolo de elogios y frases bonitas.

— Gracias, gracias, y que Dios te bendiga.

Ante estas palabras, mi amigo se colocó en dos patas, una de las pruebas que realizaba a menudo, dedicándole una mirada, como si en realidad la estuviera entendiendo. Me fijé en ese gesto, no tuve dudas, la estaba interpretando.

Al escuchar aquellas palabras, “*que Dios te bendiga*”, sentí en mi interior el impacto de ellas, a pesar de mi condición de no católico. No soy ateo⁶, sí creía en una fuerza superior, invisible y poderosa, y ese era mi Dios, el que, sin dudarlo, existía. Con respecto al ámbito religioso, prefería esperar el momento, abstenerme, y abstenerse no es delito, sino esperanza. De momento, mi perro había salvado una vida, de la cual me sentía orgulloso.

⁶ Ateo. Persona que no cree en nada en lo que respecta a la existencia de un dios todopoderoso.

Mi trabajo en la universidad iba perfecto, me consta, los directores estaban demasiados conformes con ello.

Mis encuentros con Alice se sucedían frecuentemente, estábamos convencidos que nuestro amor era real y con futuro. Y decidimos comprometernos a una pedida de mano, que por aquella época era imprescindible, incluso hasta hace pocos años también se practicaba, con fecha de boda a determinar. Era tal el amor que sentíamos mutuamente, que ya lo dábamos por realizado. Incluso, hecho muy importante, nuestras familias estaban totalmente de acuerdo, apoyándonos al máximo.

Alice adoraba a Yoy, cariño remunerado del animal, que ya bastante crecido, era maravilloso verlo lucir en sus diabluras. Aunque, sí notaba que entre él y yo existía un muy fuerte apego, entre humano y bestia un tanto fuera de lo normal.

Días después de esos acontecimientos, una mañana, día festivo, mi madre y yo nos vestimos con nuestros mejores enseres. Ella vestía muy elegante, y yo el mejor traje de que disponía. Íbamos a dar un paseo, un rito que repetíamos cada tres meses, a recordar un día demasiado triste para ambos, precisamente, el día que mi padre nos abandonó para siempre. Recolectó varias flores del jardín, que, por aquella estación lucían esplendorosas. No recuerdo si fueron rosas, margaritas, crisantemos..., en fin, una mezcla que formaron un ramo muy especial para la ocasión.

Era evidente que visitaríamos el cementerio del pueblo, donde reposaban los restos de mi padre, reducido a cenizas en una urna muy brillante, en especial cuando en determinado momento del día le daba de pleno el sol. Esta vez fuimos tres: Yoy, también nos acompañaba. Luego de varias súplicas a los cuidadores del recinto, nos permitieron acceder con el animal.

Ya, frente a la lápida reluciente de su tumba, se leía:

JONHATAN WILLFRED MCCONAUGHEY GRIMM

Falleció en esta localidad, el 29 de septiembre de 1954, a los 45 años.

D.E. P.

Mi madre depositó con mucho cariño las flores sobre la tumba, dejando una lágrima, emanada de los recuerdos. Luego fue mi turno.

— Hola, viejo — mi voz se pronunciaba débil y temblorosa —. Como ya sabes, he conseguido un buen trabajo, tengo una prometida que me hace muy feliz, y tanto mamá como yo disfrutamos de buena salud. Espero que tú igualmente, allá donde quieras que

estés, te encuentres bien, esperando algún día nuestro reencuentro. Aquí te presento al nuevo integrante de la familia, que además nos protege.

Yoy encrespó un poco más sus orejas, y acercándose a la lápida, descansó la cabeza en ella. El momento producido se veía tan emocionante como triste a la vez. No pude contener el llanto, producido en silencio, pero las lágrimas fluían empujadas por la propia situación. Necesité de tres llamadas para que quitara su cabezota de esa situación, parecía que no quería abandonarla, como si necesitara más tiempo para estar así. A la tercera, obedeció, y lentamente abandonamos el recinto.

Ese día, como cada visita, lo pasábamos un tanto tristes. Luego, ya acostumbrados por esa situación repitiéndose una y otra vez, lográbamos superarlo, continuando con la vida habitual, la diaria lucha de todos los días. Seis años ya de aquel trágico día en que Dios solicito su presencia, día que no olvidaríamos nunca, y que lo llevaremos siempre en nuestros recuerdos. Si hemos de encontrar un consuelo para ello, digamos que su muerte no le produjo ningún sufrimiento, ya que el infarto de miocardio le sobrevino en momentos de su descanso. Fue imprevisible ya que no padecía de esa patología, simplemente se le detuvo el corazón. Injusto, sí, pero la vida es así de ingrata, a veces, pero hay que aceptarla.

Volvamos luego a los acontecimientos posteriores, que, si fueron tan agradables unos, también insólitos, otros. Por aquellas fechas, las obras de la nueva universidad estaban acabadas, pronto comenzarían a funcionar. Era un aliciente más para nuestro querido pueblo. Me animaría a decir que todo San Diego estaba encantado de ver cómo crecía como ciudad.

Al día siguiente, al reanudar mis tareas laborales, fue que recibí la noticia. Escuché por la megafonía, aún recuerdo aquellas cornetas grandes, ubicadas en diferentes ángulos del recinto universitario: "*Profesor Mcconaughey, acuda por favor a la dirección.*"

Extrañado, me presenté de inmediato. *Toc toc toc*, golpeé la puerta del directorio. *Adelante* fue la respuesta pausada y firme. Me encontré a las tres autoridades más importantes, listas para comunicarme aquella noticia, que demás está decir, no me esperaba.

— Profesor, queremos ofrecerle un traslado, si lo acepta, por supuesto.

— ¿Un un un traslado? — tartamudeé un tanto nervioso.

— Como sabrá, la nueva universidad comenzará a funcionar en breve, y como sabemos que su residencia está allí, le ofrecemos trasladarlo a ella. ¿Qué le parece?

Por breves momentos permanecí sin contestar. ¿Qué me iba a parecer? Por supuesto una maravilla de noticia, además no tendría que cambiar el viejo *Ford*, pues los desplazamientos diarios lo iban deteriorando cada vez más. Evidente que acepté al momento, abandonando el despacho sumamente feliz

Esta noticia provocó conformidad y alegría en mi madre, aunque no tanto en Alice, pues nos veríamos mucho menos. Yoy, parecía unirse a la algarabía de mi madre, dando brinco en todo el salón.

— Alice, ¿qué te parece la noticia? — le pregunté en unos de nuestros encuentros esporádicos.

No le di tiempo a contestar, y le solté la pregunta sorprendiéndola ante mis palabras.

— ¿Qué te parece si fijamos la fecha de la boda ya?

Su rostro se iluminó por completo, abrazándome y besándome en toda la cara. La respuesta era obvia, ¿no creen?

Y así lo hicimos, a pesar de que su carrera estudiantil aún no había finalizado. La decisión estaba tomada, teníamos la incertidumbre del lugar donde vivir, pero ello no era obstáculo para materializar nuestra unión. Ya lo comentaríamos con calma, y de común acuerdo con nuestras familias.

Y fue en aquel lugar tan acogedor que lo estábamos barajando, cambiando impresiones, los pros y los contras, en fin, esos pequeños detalles muy pronto solucionables, que decidimos, por el momento, vivir en San Diego con mi madre.

Días después de la importante decisión, fue que se produjo aquel acontecimiento que tendría gran repercusión en todo el pueblo, y diría más, en todo el estado de California. Algo que retengo en mi mente más de sesenta años después, y que continúan revoloteando en mi ser, como un pequeño milagro protagonizado por él.

Aquel fin de semana de finales de verano, se presentaba muy agradable. El sol acariciaba nuestros rostros con fina delicadeza y la ausencia de nubes no producía brisa que enturbiase el ambiente.

— Qué maravilla de día — exclamo Alice en una de tantas visitas a casa.

— Pues, la verdad que es así — contestó mi madre, y a la vez proponiéndonos un plan al que nos fue imposible negarnos —. Chicos, ¿qué les parece si les preparo una rápida merienda, y van a pasar el día a la playa del acantilado?

— Me parece una buena idea — contesté —. Es más, diría buenísima.

Por supuesto, consiguiendo el acuerdo de mi novia, que le pareció una idea genial. Cogimos el traje de baño y un bikini muy anticuado para la época actual, pero que en aquellos tiempos de 70 años antes y de mi madre, claro está, se usaban muy a menudo. Apuramos a enfundárnoslo, mientras ella nos preparaba, la comida.

Encontré unos capeones⁷, que prácticamente había dejado de usar, y un par de alpargatas para Alice.

— Les preparare unos bifés⁸ a la milanesa, y una tortilla de papas con cebolla.

— Delicioso — contestamos estando de común acuerdo.

Todo perfectamente colocado en una bolsa especial para que el alimento se conserve caliente, y otra para las bebidas, que consistía en una Coca-Cola de un litro en envase de vidrio (aún no se fabricaban las de dos litros en envase de plástico, ni las envasadas en lata), adjuntando una botella de agua bien fría. Tampoco se olvidó del alimento de Yoy,

⁷ Capeones: me refiero a un par de tenis o zapatillas normales.

⁸ Bifes a la milanesa: lo que comúnmente se conoce en España como bistecs empanados.

que nos acompañaría en el agradable paseo. En esa playa del acantilado permitían la presencia de animales, siempre que estuvieran continuamente controlados.

Y entonces partimos hacia el destino elegido, pensando que pasaríamos un día disfrutando al máximo, un día de descanso y relajación. Pero me equivoqué: aquella tarde se convirtió en asombro e incredulidad, que incluso hoy me resisto a creer, y que no olvidaré nunca mientras viva.

Llegamos a destino. La playa lucía encantadora, aunque poco poblada. El mar, en completa calma, con el cielo, límpido, totalmente despejado con un sol radiante, luciendo en todo su esplendor sin ninguna nube que lo intentara deslucir, formaban un conjunto que llamaríamos, y sin temor a exagerar, de majestuoso y envidiable para los amantes de lo que nos brinda la madre naturaleza.

Escogimos un lugar cercano a las rocas, desplegando la sombrilla, muy deteriorada por el poco uso, que, además, era la única pieza que teníamos en casa. El paseo surgió de improviso, no estando preparado para ello.

La alegría de Yoy era notoria, escudriñaba los alrededores, olfateando todo lo que encontraba a su paso. Prueba de ello era su inmensa cola agitándose intermitentemente de un lado para otro.

Qu animal más precioso, no me cansaba de admirarlo, y Alice coincidía conmigo en ello.

— La verdad — me comentó —, una maravilla de ejemplar.

— Y qué inteligente — continué su frase, y de inmediato cambiamos el tema mientras admirábamos el entorno idílico a nuestro alrededor.

La charla derivó en planes de futuro con respecto a nosotros como matrimonio, Ella estaba a punto de culminar su carrera como ingeniero técnico, muy importante para la época de los 60, y mi trabajo, estable ya, desempeñando mis funciones en el nuevo instituto. A todo ello, tras una charla amena de una hora aproximadamente, el calor se hizo notar con más intensidad, sobrepasando los 30 grados centígrados, hecho que motivó una idea que Alice me comentó al instante, y que yo compartí sin dudarlo.

— Will, ¿qué te parece si nadamos un rato?

— De acuerdo — contesté, la temperatura lo estaba demandando.

Y creo que Yoy, estaba de acuerdo, ya que sus tenues ladridos se dejaron escuchar.

— Yoy, tú te quedaras debajo de la sombrilla custodiando nuestras pertenencias. ¿Te parece bien?

Sí que me entendió, ya que hubo de cobijarse al instante debajo de ella.

Cincuenta metros nos separaban del agua en calma total. Era casi mediodía y el sol ya arreciaba con sus potentes rayos. De la mano fuimos acercándonos paulatinamente a la orilla, volteando un poco la cabeza para observar la actitud de Yoy, algo más tranquilo. Pude ver que no nos quitaba la mirada en ningún momento, como si nos vigilara. Y nos metimos en el agua, convencidos de que así era.

Un poco alejados también chapoteaban diversos grupos de personas, entre ellos niños, que disfrutaban de la generosidad que nos brindaba la madre naturaleza.

Y nos fuimos metiendo poco a poco hasta que el agua nos llegó a la cabeza. Escuché decir a Alice: “Uyuyuy... ¡que fría esta!”.

— No te olvides que esto es el océano — le dije —. Vamos a zambullirnos y verás que pronto el frío desaparece.

Tanto ella como yo éramos buenos nadadores, y nos lanzamos al mismo tiempo. Nadábamos unos metros, parábamos, reanudábamos la marcha, así estuvimos unos cuantos minutos. Y sin darnos demasiada cuenta, nos alejamos un poco de la orilla.

El agua, clara y mansa, y ya más entibiada, nos parecía excelente, Daban ganas de seguir y seguir y seguir, y así lo hicimos durante un buen rato, nos sumergíamos hasta el fondo, allí la profundidad pasaría los tres metros, volvíamos a emerger, jugábamos, nos reíamos. Mientras el mar parecía a la vez jugar con nosotros. Realizábamos cortas carreras, Alice era muy buena nadadora, y casi igualaba mi velocidad. Quiero aclarar que no presumo de superioridad, pero mi condición de profesor de educación física me había exigido nadar a la perfección.

Pasó más de una hora, y seguíamos allí. De vez en vez dirigía una mirada a la playa, para ver la actitud de mi amigo. Entonces me di perfecta cuenta de que nos habíamos alejado demasiado de la costa, superaría los 200 metros. En tales circunstancias no nos damos cuenta, ya que la corriente te va arrastrando poco a poco mar adentro. Fue entonces que comentándole a Alice mi deseo de volver, le propuse salir del agua argumentando una falsa hambre que en ese momento estaba lejos de sentir.

Podía intuir algún tipo de peligro, a pesar de la calma total del mar. Pero no se lo hice saber, para no ponerla un tanto nerviosa.

— ¿Qué te parece si volvemos a la orilla?

— De acuerdo, Will, yo también tengo hambre, volvamos. ¡Caray! — exclamó — ¡Qué lejos estamos!

— Tranquila, nademos despacio. Si te cansas te ayudo un poco.

— No, estoy bien, volvamos.

Minutos después, nuestras piernas encontraron suelo firme, y ya caminando alcanzamos la arena, yendo al lugar donde nos habíamos instalado, y del que Yoy nos salió al encuentro. De pronto se detuvo junto a mí un tanto nervioso e intranquilo, así me lo parecía. No era para menos: instintivamente llevé mis manos al cuello, algo que hacía muy a menudo desde hacía casi doce años, y allí faltaba algo. *Algo*: la medalla de oro que mis padres me habían regalado al cumplir diez años, con el cristo incrustado, y su correspondiente cadena.

Quedé estático, sin poder moverme y sin reaccionar. Las lágrimas brotaron impulsadas por el inmenso dolor que me invadió y que se me rebelaba en la cara, mezclándose con las gotas de agua que aun permanecían en todo mi rostro y pelo.

— ¿Qué te pasa, Will? — preguntó Alice, no comprendiendo aún mi actitud.

Hubo de repetir la pregunta unas dos o tres veces, hasta que al fin reaccioné.

— Perdí la cadena — atiné a contestar. Y dirigí una mirada de intenso rencor hacia aquel mar aún en calma, que me había arrebatado algo tan sagrado para mí, como lo era aquella simple cadena de oro. Abatido me desplomé sobre la arena, impotente para solucionar aquel percance. Alice intentaba consolarme cariñosamente.

— Pobre — no sabía qué hacer para que dejara de llorar, e intentaba animarme con palabras como estas —. Ya compraremos una similar, no sufras, Will, veras que este desgraciado incidente tiene solución.

Yo sabía que esa solución a la que se refería era imposible de solventar, nada, ninguna joya, aunque fuese de diamantes, era capaz de sustituir aquella, a pesar de ser una simple cadena. De pronto comprendí que sería inútil seguir llorando, y enjuagué las lágrimas con una servilleta sacada de la bolsa.

Ya sobre la arena, sintiendo el cálido acariciar de las manos de mi novia sobre las mejillas aun húmedas por las lágrimas, y presa de una angustia notoria, alguien se abalanzó sobre mi cuello, olfateándome bruscamente, y además lo hacía con una violencia inusitada.

— Gracias, Yoy — dije, pensando claro está que lo hacía porque había captado mi tristeza.

Pero estaba equivocado. Se apartó bruscamente de mí, y a dos o tres metros, comenzó a ladrar efusivamente mirándome fijamente. Insistía, no teniendo otra solución que incorporarme.

— ¿Qué pasa, amigo? — los ladridos continuaban, ahora con mayor insistencia.

Avanzó unos metros y volvió a detenerse. Mientras ladraba, continuaba con su mirada fija en mí. Estaba claro, quería que lo siguiera. Pero la pregunta era: ¿a dónde? Fui tras él, sin entender un ápice y desorientado por su actitud.

Ahora lo veía claro: iba hacia el mar. Sus patas ya rozaban las tenues aguas del Pacífico, y las olas parecían besar la arena con la suavidad de una compenetración maravillosa producida por la naturaleza. Volvió a detenerse, y yo con él, a cuatro metros, ya metido en el agua que casi cubría la espinilla. Reanudó su carrera mar adentro.

¡Yoy! — grité asustado —. Detente, por favor.

El agua ya lo cubría. Y moviendo sus potentes patas, comenzó a nadar mar adentro, hacia, hacia... ninguna parte. "Se va a ahogar", pensaba angustiosamente. Y sin pensarlo, fui tras él. De cualquier modo, debía detenerlo. ¿Se habría vuelto loco? No, imposible. Todo tipo de pensamientos pasaban por mi cabeza en pocos segundos, ante esa situación inesperada. Continúe tras él dando grandes brazadas en un intento vano por darle alcance. Pero no lograba mi objetivo. Era imposible darle alcance. Mis gritos de dejaban oír en toda la playa, la gente se aglomeraba en la orilla, víctimas de una curiosidad extrema. Aunque creo que la situación así lo requería.

— Yoy, para, para... ¡para! — pero el animal, haciendo caso omiso de mis órdenes, seguía su carrera hacia adelante, hacia ninguna parte, y yo tras él, convencido ya que si no se detuviera se hundiría, perdiéndolo irremediablemente.

Unos 200 metros, más o menos, nos separaban de la costa, pero seguía avanzando. Qué pretendía, solo él en su cabezota debía saberlo. Incertidumbre, que por suerte desvelé pronto. El animal se detuvo. A lo lejos, divisaba a Alice mezclada entre la multitud que poco a poco se metían en el agua para poder seguir mejor los acontecimientos.

Llegué junto a Yoy. De pronto empezó a nadar en círculos, metiendo intermitentemente su hocico bajo el agua. Me invitaba a imitarlo, acto claro que deseaba que me sumergiera. En medio de toda la confusión, me tranquilizó un poco al notar que no demostraba señales de agotamiento. Pero, ¿qué debía hacer ahora? ¿Para qué sumergirme? Y en aquel lugar a 300 metros de la orilla. Por el rabillo del ojo, observé a unas pocas personas, nadando en nuestra dirección, pero se daban la vuelta al notar la lejanía en la que nos encontrábamos.

Y al no escuchar gritos de socorro, abandonaban la idea y regresaban. El animal insistía en sus movimientos con la cabeza, introduciéndola en el agua, sumamente mansa en aquel momento, quizás, un tanto extraño, teniendo en cuenta la gran distancia en que nos hallábamos de la arena. No lo pensé más, decidí sumergirme e intentar llegar al fondo, que se hallaba a unos cuatro metros de profundidad. Llegué en segundos. La condición física de la que disfrutaba así me lo permitía, desenvolviéndome con total agilidad, incluso bajo el agua.

Sí, toqué el fondo marino, pero... ¿qué diablos estaba viendo? No podía creerlo, incluso un sorbo de oxígeno salió de mi boca divisoando unas pocas burbujas. Noté la claridad inusitada del agua, ya que, a esa profundidad, debería ser un tanto opaca, o mala exactamente, incluso observé algunos peces vagando por allí. Estuve segundos sin reaccionar, me di perfecta cuenta que el tiempo apremiaba, llevaba casi dos minutos sumergido, y empecé a sentir la necesidad de reponer aire. Actúe con rapidez, aparté dos grandes pedruscos incrustados en la arena del fondo, los únicos por el entorno, y la recogí, con una emoción que convulsionó todo mi cuerpo, convulsión motivada por el tesoro hallado: mi querida medalla con su cadena estaba atrapada allí, entre aquellas piedras. Y con el último sorbo de aire aún en los pulmones, la recogí con mucho cuidado, y pataleé con rapidez, hacia la superficie.

Con el puño izquierdo bien cerrado, apretando el gran tesoro recién recuperado, saqué la cabeza fuera del agua, con los pulmones a punto de estallar, y, de inmediato escudriñé todo el entorno buscando el hocico de mi perro. Allí estaba, y, tras emitir un intenso ladrido, comenzó a nadar rumbo a la playa.

Lo seguí, nadando prácticamente con un brazo, vigilando que se moviera sin ningún peligro, pero qué diablos, parecía que él era el que me controlara a mí, girando la cabeza a intermitencias, donde lo seguía cuatro o cinco metros más atrás.

Llegando a la orilla, pude ver gente acercándose para ofrecernos algún tipo de socorro y ayudarnos a salir, pero ya noté el suelo y logré ponerme de pie. Yoy continuó unos metros más, deteniéndose, pudiendo apoyar sus cuatro patas sobre la arena. Pude ver a Alice acercarse a toda prisa hacia nosotros, apartando a la aglomeración que la rodeaba. Los curiosos siempre aparecen por doquier, donde piensan que existe alguna situación inverosímil.

— ¡Will, Will! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Dime, por favor, el motivo de tan extraña situación.

Aún con el puño izquierdo fuertemente cerrado, utilicé el brazo libre para abrazarla, empujándola suavemente hacia el lugar elegido para instalar la sombrilla.

— Te lo cuento ahora — y tras mirar a Yoy fijamente, susurré —. Amigo, sabré algún día quién eres...

Ladridos de evidente alegría se dejaron escuchar, muy típicos en el animal cuando se producía situaciones con final feliz, y aquella, sí que lo era.

— Cuéntame, mi amor, qué fue lo que se les atravesó por la cabeza a ustedes dos.

Entonces abrí el puño, Alice emitió tal grito de asombro, que estoy seguro que la oyeron la mitad de los paseantes de la playa, y eso que se extendía bastante.

— Es, es, es... — tartamudeó — tu cadena perdida en el mar. Y la has encontrado, si no lo estuviera viendo, imposible de creer. Es una soberbia barbaridad.

— No, yo no la encontré — respondí, aún agitado por el gran esfuerzo realizado hacia momentos —. Fue, fue... él — y señalé a Yoy —. Me guio hasta el sitio preciso, y no me preguntes como, pero lo adivinó, yo simplemente tuve que sumergirme y tomarla del sitio donde había caído. Estaba en el fondo, entre dos rocas.

— Pero esto es increíble — no paraba de asombrarse mi desconcertada novia —. ¿Cómo pudo...?

— No lo sé, pero lo hizo.

Ambos miramos al animal, estaba tranquilo, y parecía satisfecho por la hazaña lograda. Exacto, podíamos catalogarlo de hazaña, ya que estoy convencido que ningún animal en el mundo lo hubiera logrado, incluso a 300 metros de la orilla y a cuatro metros de profundidad. Y fui hacia él, preso de una emoción desmesurada, abrazándolo, y una vez más, las lágrimas se hacían presentes en mi desencajado pero feliz rostro. El animal se dejó acariciar, aparentemente satisfecho, aunque un tanto desconfiado, dirigiendo su mirada hacia un extremo de las rocas. Era evidente que había reparado en algo que nosotros pasamos por alto, en aquel momento de tanta emoción y algarabía.

A pocos metros de nuestra situación, una persona seguía muy atenta nuestra conversación. Portaba entre sus manos un objeto que identificamos de inmediato. Segundos después hubo de acercarse a nosotros, identificándose. Su cara me era familiar, en alguna ocasión la había visto antes. “¡Claro!”, exclamé para mí, acordándome al instante.

— ¡Hola, buenos días! — saludó con extrema amabilidad.

— Clare Jordan, ¿verdad? — respondí.

— Así es — respondió —. Veo que me conoce.

— Bueno, de vez en cuando veo la televisión, y las noticias. Soy Wilfred Mcconaughey, y ella, mi futura esposa, Alice Conway. ¿En qué puedo servirla? — espeté de inmediato para descubrir su inesperada presencia junto a nosotros.

— ¡Ah, este es Yoy! Mi perro favorito.

Un pequeño rugido, apenas ininteligible, escapó de sus entreabiertas mandíbulas. La reportera correspondió en un gesto entre amable e indiferente.

— Mire, le comento: he presenciado lo ocurrido hace unos minutos, y tengo que rendirme ante la evidencia. Es una historia tan real como fascinante.

— Ya lo creo, incluso para nosotros que la hemos vivido, y aún no damos crédito a lo que pasó en el mar.

— Y efectivamente sería imposible de creer, de no haber sido por... — se produjo un silencio seguido de una pausa en su comentario —, de no haber sido por este aparatito, que lo ha registrado todo desde un primer momento.

Miré el pequeño artilugio, mis sospechas eran confirmadas: una filmadora, en blanco y negro, por supuesto. En aquella época eran bastante rudimentarias, y también escasas, algo que solo portaban los periodistas de las televisiones con gran volumen de televidentes.

— Ya que me ha reconocido, sabrá de mi programa en el canal 2 de California, y me gustaría tenerle, bueno, tenerlos, a usted y su perro como invitados. Sería un reportaje tan inaudito como fascinante, y creo que el país debería conocer esta historia de pura realidad. ¿Qué le parece? ¿No lo cree así?

Alice y yo nos miramos un instante, como dudando de aceptar dicha invitación, pero declinamos en nuestras dudas, aceptándola al momento.

— Por supuesto, *cari*. No veo ningún motivo para rechazar tal invitación. Y, mira, creo que Yoy, está de acuerdo — su cola revoloteaba con gran intensidad que era capaz de formar una minúscula onda de aire.

— Además, el estado debería conocer esta maravillosa historia real, nuestra televisión es muy potente, tiene 40 kilohercios de potencia en antena, y es capaz de llegar a toda California, y gran parte de Nevada — remató la reportera un tanto orgullosa.

— ¡Caray! — exclamé —. Sí que es potente. Bien, no tiene más que indicarnos cuándo desea esta entrevista, y allí estaremos.

— Muchas gracias, señor Mcconaughey. Esta es mi tarjeta, lo llamaré en breve, si es tan amable de indicarme su número telefónico.

El sol se había ocultado bajo un manto de nubes que no presagiaban nada bueno en cuanto al tiempo, y la temperatura descendió de forma brusca en pocos minutos.

— Creo que sería prudente marcharnos, esto anuncia lluvia, ¿no creen?

— Mire, Wilfred — respondió la reportera —, no será necesario llamarlo. Mi programa se emite los miércoles a las 21 horas, y va en directo, con que estén allí una hora antes será suficiente. ¿Está de acuerdo?

Asentí, mientras recogíamos los enseres rápidamente antes que se descargara la tromba de agua que se acercaba.

— ¿Conoce usted la ubicación de TV 2 Cal?

— Sí, está en las afueras de San Diego, precisamente a pocas cuadras⁹ de la universidad donde trabajo.

— Correcto, allí los espero, a usted y al héroe, por supuesto.

— Y, allí estaremos. Un saludo y hasta entonces.

De súbito comenzó a tronar, y pusimos, como suele decirse en estos casos, pies en polvorosa.

A decir verdad, esta historia merecía ser contada, y más desde el momento que el animal entró en el agua, hasta mi encuentro con Alice, en la arena, enseñándole la cadena recuperada. Todo lo había captado la filmadora, aunque sí es necesario señalar que dichas imágenes no disfrutaban de gran calidad, pero, a pesar de ello, se distinguían muy bien los hechos acaecidos, ya conocidos.

Velozmente recogimos los enseres, apurando el paso hacia el auto, y una vez dentro, se descargó una gran tromba de agua, que a la vez provocó la inmediata estampida de la gente que disfrutaba de su descanso en la playa.

El día de la entrevista llegó incluso antes de lo que esperaba.

El estudio era deslumbrante. Hoy sería un simple plató de televisión modestamente decorado: focos de luces por todas partes, cuatro cámaras de televisión, con apariencia de cartones con forma cuadrada, y una pequeña platea donde albergaba algunos espectadores seleccionados por los directores del programa.

Nos ubicaron en un sitio privilegiado, en compañía de otros invitados de prestigio, en los que recuerdo a Carl Sagan, un productor y ufólogo muy conocido por la gente en aquellos años, y a su lado, cuatro muchachos muy flacuchos y con melenas muy abundantes de última moda en la década de los sesenta. A uno de ellos lo recuerdo bien, llevaba lentes, y que algunos años después, lamentablemente era vilmente asesinado por un maniático que ojalá haya sufrido lo indecible y podrido (y disculpen el término) en la cárcel. Aunque no estoy muy seguro, creo que no llegó a entrar ya que fue también asesinado por alguien que hizo justicia por su propia mano. Lejos estaba yo de imaginar el éxito, aún hoy 60 años después, que tuvo aquel grupo musical a nivel mundial, que en sus comienzos desataban la locura, no solo en los jóvenes, incluso en gente madura. Su música era cautivadora, y contagiosa entre la multitud, pero en el aspecto personal, nunca me llamaron la atención. Incluso, teniéndolos a medio metro de nuestra ubicación, ya que Yoy reposaba entre mis piernas, sujeto con una fina cadena de metal, a mi juicio innecesaria. Pero había que cumplir el protocolo. Precisamente al chico de lentes lo colocaron a mi lado, que no paraba de mirar a Yoy, que, a decir verdad, su estirpe impresionaba, y el inglés lo admiraba por ello.

— ¡Buenas noches! — saludó la presentadora Clare Jordan —. Queridos televidentes, adorados presentes de TV 2 Cal, estoy convencida de que el programa de esta noche les asombrará en grado máximo. La mayoría de ustedes no creerán lo que vean, a pesar de que las imágenes sean claras y evidentes. No mienten, mis queridos televidentes, así os lo puedo asegurar, además, hoy, transmitimos en directo con la cadena de radio y televisión del estado de California.

⁹ Cuadra: distancia que abarca 100 metros.

Mi desgastada memoria todavía recordaba aquellas palabras de la señorita Jordan, como si las estuviera reviviendo de nuevo.

* * *

Las teclas de la vieja Olivetti, parecían echar humo, tal la rapidez del anciano al transcribir aquellos emotivos momentos.

De pronto se produjo un parón en la escritura, para detener la aparición de dos lágrimas producida por los recuerdos, que afloraron de improviso, y que rápidamente enjugó, agarrando un pañuelo que había en un costado del escritorio. Abandonó la silla para dirigirse a la cocina por un poco de agua. Debía recuperarse del momento emotivo que acababa de aflorar invadiendo sus emociones, y, así, con más lucidez, poder continuar con el relato.

Bebió, volvió a llenar el vaso, y ya más calmado, retornó a su silla en el escritorio, era ya muy tarde. “Un capítulo más y descansare por hoy”, pensó.

Las teclas se volvieron a activar, leyó las ultimas frases, y su mente, lucida de nuevo, volvió a funcionar.

* * *

En primer lugar, entrevistó a Carl Sagan, que explicó su próximo proyecto, consistente en una serie que tendría impacto mundial, *Cosmos*, que estuvo muchos años en antena obteniendo un éxito rotundo.

También nombró las apariciones de ovnis, que aparecían todos los días en distintas partes del mundo, incluso muy a pesar de que la mayoría de la gente se inventaba esas supuestas apariciones, y que hoy día, no hay evidencias ciertas de que existan. Ojalá las hubiera. Algunos contaban que habían visto humanoides, platillos voladores, y con muchas luces. Otros contaban que habían sido abducidos, y muchos con más imaginación aseguraban que eran máquinas del tiempo, con turistas visitando su pasado. En fin, todo tipo de comentarios de los que aún hoy se habla.

Más tarde les llegó el turno a los cuatro chicos ingleses, a los que atiborraron con todo tipo de pregunta. Hablaron de las próximas giras por el mundo, de sus nuevas canciones, y que en breve grabarían una en especial dedicada a ellos mismos, y que aún estaba en proyecto.

— ¿Y cuál es esa canción, chicos, si puede saberse?

No estoy muy seguro en recordar aquella respuesta, creo que nombraban un submarino, o un río, pero sí que se referían a un color en especial, el amarillo, algo parecido a *yellow submarine*, o una canción que sonaría parecido.

Lo único cierto, que el público enloqueció en aplausos cuando se dirigieron al estrado y sin música, cantando un trozo de aquella canción. Dicha canción tuvo un éxito incomparable, y que hoy se sigue escuchando, seis décadas después por el mítico grupo hace años desaparecido.

Y, ahora nos tocaba el turno. Se hizo un gran silencio, el plató quedó impactado por las siguientes palabras de la presentadora:

— Amigos míos, nuestro último reportaje de la noche. Les parecerá asombroso, y la mayoría de ustedes creerán que es fraude, pero, dentro de mi más honrosa credibilidad, puedo confirmar y asegurar que yo misma presencié estos hechos. Doy fe de ello. Luego hablaremos con los protagonistas, que como ven están entre nosotros — y nos señaló.

Las cámaras nos enfocaron en primeros planos, los potentes focos se estrellaron en mis ojos, haciéndolos parpadear, efecto adverso en Yoy, que, sin sobresaltarse, se incorporó con lentitud.

Se hizo el silencio. La película empezó a emitirse, estando perfectamente montada. El video comenzó en el momento que el animal iba corriendo hacia el agua, y me vi yendo hacia él, intentándole detener. Era evidente que la reportera alertada por mis gritos, pensó, y no se equivocaba, que allí podía encontrar una buena opción, a modo de noticia, para su programa. Transcurrieron 20 minutos de película. La mayoría del público presente, quedó mudo por completo.

La minoría comentaba la posibilidad de fraude, entre pequeñas carcajadas y sornas de no credibilidad. Era lo previsible, creo que no se tenía conocimiento de un caso similar de que un animal detectara objetos bajo el agua. Era prácticamente imposible. Es cierto que encontraban drogas, personas perdidas, casos similares, pero no en la inmensidad del mar a 300 metros de la costa.

Sé — comencé tartamudeando un poco, ya que no estaba acostumbrado para hablar en público, y menos en televisión — que les parecerá difícil de creer, pero tal como lo han visto, ha pasado. Mi perro tiene un gran poder olfativo, y podemos demostrarlo ahora entre todos ustedes.

Clare apuró a contestar.

— Adelante, señor Mcconaughey. Está toda California pendiente de ello.

— Ok, le ruego al público que no se asuste, ya que Yoy es totalmente dócil y obediente, y se desplazará entre todos para encontrar un objeto, que de inmediato le haré identificar. Unos asistentes le facilitaron una pelota parecida a la de tenis, acercándosela al hocico del perro, para que pudiera tomarle el aroma que desplegaba la mencionada pelota. Seguidamente, Yoy abandonó el plato, acompañado de dos colaboradores. Lo encerraron en una habitación fuera del escenario, y allí se quedó tranquilo, siempre sacudiendo la cola de un lado al otro, esperando. Hecho que las cámaras de televisión lo seguían en todos sus movimientos sin perder detalle. Ya en plató, y de espaldas al público, agarré la pelota y la lancé con fuerza contra los presentes. Alguien la atrapó en pleno vuelo.

— Caballero — le dije al hombre —, le ruego que la esconda entre sus ropas, lo mejor que le sea posible. Muchas gracias.

Así lo hizo el señor muy amablemente, obedeciendo mi solicitud. Creo que la camufló en uno de los bolsillos del saco que vestía. Eso creí ver.

— Ya pueden acercar a mi amigo al plató — les pedí a los colaboradores que aguardaban cualquier orden. Así lo hicieron, Yoy estaba junto a mí, de inmediato le di una orden —. Yoy, vete por la pelota.

El animal salió disparado hacia el público, y antes de saltar a la tribuna, escudriñó muy atento el entorno. Saltó entre la gente, y ya en plena tribuna, fue esquivando espectadores aquí y allá, hasta que, al fin, se detuvo ante alguien.

— Por favor — me dirigí hacia la persona, no se mueva, y el hombre ensimismado obedeció lo que le solicitaba. Y dejó que Yoy actuara. Su hocico buscó el pecho del hombre, y hurgando dentro del bolsillo interior del saco, retiró con sus perfectos colmillos blancos la pelota, que al azar yo había lanzado minutos antes.

Con el objetivo cumplido, el animal se acercó a mí, entregándomela suavemente. Al mismo tiempo, fuertes aplausos se dejaron oír, retumbando en todo el estudio. Acto seguido, el perro, ante una señal casi imperceptible que le indiqué, se acercó a la platea, hubo de incorporarse con sus dos patas traseras, para luego agradecer, podíamos decir, los aplausos recibidos. Hubo de ser la directora Clare Jordan la que interrumpió los interminables vítores, que luego de 3 minutos seguían resonando sin parar.

— Damas y caballeros, ustedes lo han visto. Lo reitero, todo lo que ha pasado hoy, aquí, esta noche, tiene la misma credibilidad que la de sumando uno más uno, equivale a dos —. Nos hemos quedado sin tiempo, debemos despedirnos, no sin antes agradecer a nuestros invitados de esta noche, y esperando contar con vuestra presencia, los espero la próxima semana. Un saludo y hasta entonces.

Antes de despedirnos, los cuatro músicos se volvían locos en caricias a Yoy, hecho que agradecía con saludos constantes y movimientos abruptos, dando muestras de agradecimiento, y hasta Carl Sagan hubo de hacer un comentario que nos provocó signos de hilaridad.

— La verdad, señores, parece un animal llegado del Cosmos.